

8-X-66



# LA VERDAD CATÓLICA.

REVISTA

RELIGIOSA, CIENTIFICA, LITERARIA E HISTORICA.



Con la aprobacion y licencia de la autoridad eclesiástica.



SEVILLA:—1866.

Imprenta de Manuel P. Salvador y Comp.  
Colon y Batehojas, 12.

# LA VERDAD CATOLICA.

REVISTA

RELIGIOSA, CIENTIFICA, LITERARIA E HISTORICA.

Con la aprobación y licencia de la autoridad eclesiástica.



REVISTA—1890  
Imprenta de Manuel B. Sainza y Camp.  
Calle de San Mateo, 10.

Núm. 4.º

8 de Octubre.

Año 1.º

---

**LA**  
**VERDAD CATÓLICA.**

---

**REVISTA**

religiosa, científica, literaria é histórica

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

BAJO LA DIRECCION DEL

**SR. D. NICOLAS DE LORA Y RIVAS, PRO.**

CAPELLAN REAL DE LA DE SAN FERNANDO.

---

Con la aprobacion y licencia de la autoridad Eclesiástica.

---

SEVILLA.—1866.  
Imprenta de Manuel P. Salvador y Compañía.  
Colon y Batehojas, 12.

# VERDAD CATÓLICA

## REVISTA

religiosa, científica, literaria é histórica

POR UNA SOCIEDAD DE EDUCACIONISTAS

Bajo la direccion del

SR. D. NICOLAS DE LORA Y RIVAS, PRO.

CARRETERA REAL DE LA DE SAN FERNANDO.

Con la aprobacion y licencia de la autoridad Eclesiastica.

REVISTA — 1882

Imprenta de Manuel S. Sanchez y Compañia.  
Calle de Batajeas, 12.

---

## LA INDIFERENCIA.

---

Todo está enlazado y se encadena, así en la historia como en la religion. Las naciones comienzan, crecen, decaen y acaban, desapareciendo de la escena con sus costumbres, leyes, ciencias y opiniones: y solo queda flotando soberbiamente sobre las superficie de los siglos y de la humanidad una doctrina, cada vez mas admirada por su santidad, y mas estable por los combates que se la dirigen. Tal es la religion que los hombres han escogido para objeto de su indiferencia. Se figuran, que menospreciando al cristianismo, se elevan sobre cuanto se ha visto de mas grande en la tierra; y pagados ridiculamente de un orgulloso desden han creído haberlo hecho todo, cuando han despreciado á Jesucristo y su evangelio, á la Iglesia y á sus Pontífices, á los Sacerdotes y á la fé,

que estos imponen á los pueblos. Han llegado á presumir que las naciones pueden vivir sin saber si hay ó no un Dios, si el hombre muere ó es inmortal, si debe consultar al cielo ó la naturaleza, haciendo asunto indiferente el importantísimo de la salud eterna. Se entretienen en rebuscar en los mas apartados climas un animal raro, ó una planta exótica y desconocida y abdican la grave responsabilidad de su pensamiento sobre las importantes verdades del cristianismo.

La mayor parte de los indiferentes no permanecen tales, sino porque se figuran mostrar una superioridad de razon al menospreciar, lo que ellos llaman opiniones y sentimientos vulgares. Se avergüenzan de tener algo de comun con el pueblo, y hé aqui lo que les impide examinar los fundamentos de la fé. Se quiere hacer ver á las creencias populares que el único medio de librarse de los remordimientos de la conciencia, es no pensar en Dios ni en la vida futura; pero desgraciadamente este camino no conduce sino á la desesperacion temporal y condenacion eterna.

En esto apelo sin temor á la esperiencia en general y aun á la conciencia misma de los indiferentes; ellos sienten una repugnancia extrema á todo lo que les recuerda las amenazas y promesas divinas; ellos se contristan é irritan siempre que se les presenta en favor de estas verdades un argumento, al cual nada pueden replicar que sea digno de atencion; ellos tiemblan cuando la voz de la conciencia les anuncia su destino y les hace presentir la sancion terrible de la eternidad.

No se debe buscar la causa de este estado tan de-

plorable, sino en el orgullo y en la corrupcion del corazon; por esto un hombre indiferente en materia de religion no puede ser un buen pensador, porque es imposible sostener en buena filosofia, que todas las religiones son indiferentes. No hay filosofia sin un primer principio, causa de todos los efectos fisicos y morales; así como no puede haber aritmética sin una primera unidad, madre de todos los números; ni geometria sin un primer punto del que nacen líneas, superficies y sólidos; y cómo es posible suponer que no hay verdadero ni falso hasta en los pensamientos mas frívolos de la inteligencia humana? Pues si hay verdadero y falso, orden y desorden en las diferentes religiones consideradas en general, no es posible admitir en la verdadera filosofia, que el Ser Supremo haya privado á los hombres de todo medio de distinguir lo verdadero y lo falso, sino que le habrá auxiliado con la revelacion divina en todos aquellos puntos que su razon no alcance para poder conocer el bien y el mal; siendo imposible despues su indiferencia entre la verdad y el error, puesto que no es, ni puede serlo en cosa alguna.

Estas observaciones estaban ya hechas por todos los mas profundos filósofos que se han conocido, desde Malebranche hasta nuestros dias.

Por otra parte, si los hombres son indiferentes á la religion, su indiferencia nace muchas veces de indolencia ó de ignorancia: un hombre sábio aprecia como debe la importancia de ciertas creencias, que constituyen la vida del espíritu, y regulan la vida moral de los pueblos. Y es cosa admirable, que el hombre teniendo una capacidad inmensa para la verdad, pueda contentarse con pasar la vida en frí-

volas distracciones, que nada dicen al alma, colocándola en el vacío de toda verdad, que pudiera constituir su natural reposo: yo no hablo ni del pobre pueblo, sumergido en los trabajos del cuerpo, ni del rico que se agita en los placeres; hablo así, de aquellos que recibieron del cielo una condición independiente y privilegiada, una inteligencia clara; todos estos desgraciados pasan su vida en combinar palabras, en estudiar las relaciones de los números, las propiedades de la materia, olvidando al Criador: las leyes inmutables que ha establecido, las verdades que ha revelado, y el camino que trazara á la humanidad para conseguir el cielo: quedan satisfechos con llenar el mundo de la fama de su nombre, por haber dado á conocer un nuevo ácido, ó lo que es aun menos importante, componer una historia, un poema, una pieza de teatro, una novela ó romance de la cual se figura, que depende su gloria: y esto, cuando ignora hasta su propia naturaleza; el lugar que ocupa en el orden de los seres, su destino futuro, lo que puede esperar ó temer, si hay un Dios, una religion verdadera, un cielo ó un infierno; contentándose con decir, *esto no está claro y no son más que preocupaciones y desvarios.*

Esta es la gran desgracia de la humanidad; el reposo de esta ignorancia, dice Pascal, es una cosa monstruosa, y cuya estupidez y estravagancia es necesario hacer conocer á aquellos que pasan su vida en esta indiferencia, haciendoles ver lo que pasa en ellos mismos, para confundirlos á vista de su locura. ¿Cómo discurren los que ignoran la religion y los que se muestran indiferentes con la verdad católica? Contentémonos con un pensamiento de este mis-



mo filósofo, en la pintura que hace de estas almas, y de estas desgraciadas inteligencias.

El hombre que es indiferente piensa así: «Yo no sé quien me ha puesto en el mundo, ni qué cosa es el mundo, ni lo que yo mismo soy. Me hallo en una terrible ignorancia de todas estas cosas. Yo no sé qué es mi sentido, mi cuerpo y mi alma; yo veo estos asombrosos espacios del universo que me encierran, y me encuentro pegado á un rincon de esta vasta estension, sin saber por qué estoy colocado en este lugar y no en otro, ni por qué el tiempo que se me ha dado para vivir, se me asignó en este punto, y no en alguno otro de la eternidad toda, que ha precedido, y de toda la que ha de seguir. Yo no veo mas que infinitos por todas partes que tragan como un átomo y como una sombra, que no dura mas que un instante, sin esperanza de vida. Todo lo que yo conozco es que he de morir muy pronto; y lo que mas ignoro es esta misma suerte que no puedo evitar. Como no sé de donde vengo, tampoco sé donde voy: solo sé que saliendo de este mundo caigo para siempre en la nada, ó en las manos de un Dios irritado, sin saber á cual de estas dos condiciones he de pertenecer para siempre.»

De todo esto, concluyen, que se debe pasar la vida con la mayor indiferencia, y sin pensar en lo que puede suceder, dejándose llevar dulcemente en la incertidumbre de su futuro destino y condicion, huyendo de aprender la verdad que podia ilustrarlos, y tratando con desprecio á los que se ocupan de ella.

Es gloria verdaderamente de la religion tener por enemigos hombres tan insensatos; estos que se muestran tan indiferentes para la verdad de su destino eterno;

son los mismos que pasarían la vida desesperados por la pérdida de un empleo, ó de alguna inopinada ofensa de su honor; y es una cosa monstruosa que se encuentren tan delicadamente sensibles en las cosas mas ligeras y de menos importancia, mientras son insensibles en lo mas importante y necesario de su vida. Esto es un encanto, un letargo sobrenatural.

Sin embargo, hay hombres que creen ocupar en el mundo un puesto de gloria, á título de indiferentes; es mas, se dan el nombre de filósofos, aquellos mismos que proclaman la indiferencia, y creen haberlo dicho todo, cuando aseguran que se cuidan poco de lo que el pueblo llama religion, y que es preciso sacudir el yugo de la iglesia para merecer el título de hombre libre, despreocupado y de buen tono: ésta es como la voz de orden de los indiferentistas, mientras deberian avergonzarse al considerar que estas ideas los colocan entre los seres mas desgraciados y mas ignorantes de la sociedad.

Si las condiciones de un artículo nos lo permitieran, nos detendríamos gustosos á presentar la historia de los indiferentes, describiendo el triste cuadro de su vida moral, social y política, y daríamos al ridículo con esa pobre doctrina, digna de nuestra compasion y á quien no pretendemos insultar; espondríamos las opiniones de los grandes hombres, verdaderos filósofos que han hablado sobre esta materia, y concluiríamos con la fuerza lógica del raciocinio su débil historia. Pero sin embargo, de que no pondremos en olvido asunto tan importante, terminaremos hoy haciendo observar que el indiferente se halla fuera de la condicion racional del hombre; porque no hay mas que dos clases de hombres que obren en este ór-

den racionalmente; ó aquellos que aman á Dios de todo corazón, porque le conocen, ó los que le buscan de todo corazón, porque aun no le conocen. Cuando el hombre está fuera de esta condicion, él mismo se define, y nosotros, dándolos á conocer, hemos cumplido el deber mas sagrado, eclipsando el brillo que á todo trance se quiere hacer resaltar en las opiniones mas absurdas y extraviadas de la incredulidad. Aparezca el hombre en la sociedad tal cual es; compréndanse las ideas, segun lo que la verdad dice de ellas; y nuestro trabajo habrá tocado su término.

*Juan Bautista Solis, Pro.*



en los momentos á que nos referimos, el mundo no habia comprendido á Pedro; verdad es que, momentos antes, tampoco habia comprendido á Jesucristo. Tácito hablaba con sobrado desprecio de la secta de los galileos. Y sin embargo, Jesucristo salvó al género humano con su doctrina y su sangre; y el pontificado quedó encargado de explicar y mantener el pensamiento de Jesucristo. Mientras tanto, el imperio romano brillaba á la sazón en toda su gloria y esplendor: la prosperidad le rebosaba, y á fuerza de repetir y cantar el himno de su grandeza y perpetuidad, se creyó inmortal; dejando al mundo el cuidado de su adoración. De todos los puntos de una inmensa circunfe-

## NECESIDAD DEL PODER TEMPORAL.

(Continuacion.)

El mundo no habia comprendido á Pedro; verdad es que, momentos antes, tampoco habia comprendido á Jesucristo. Tácito hablaba con sobrado desprecio de la secta de los galileos. Y sin embargo, Jesucristo salvó al género humano con su doctrina y su sangre; y el pontificado quedó encargado de explicar y mantener el pensamiento de Jesucristo. Mientras tanto, el imperio romano brillaba á la sazón en toda su gloria y esplendor: la prosperidad le rebosaba, y á fuerza de repetir y cantar el himno de su grandeza y perpetuidad, se creyó inmortal; dejando al mundo el cuidado de su adoración. De todos los puntos de una inmensa circunfe-

rencia salía constantemente una densa polvareda de humo, que formando capríchosas espirales llegaba hasta Roma, incensando á esta nueva divinidad. Y no obstante, aquella grandiosa perspectiva no era mas que la luz de una lámpara, que nunca brilla con mas esplendor que momentos antes de apagarse. A Roma le faltó la prevision, esa mirada fria y escrutadora del porvenir, juntamente que la fuerza de una idea. Habia fabricado la unidad material del mundo, le habia sorprendido con su pujanza y el heroismo de sus victorias; su baston de mando lo habia encerrado en un círculo de hierro; pero la humanidad y la gloria pesaban demasiado sobre su cabeza; sentía por momentos el ruido tenebroso de una espantosa descomposicion: la muerte recorria ya las estremidades de sus miembros, y muy pronto llegaria al corazon.

Cuando el instinto de conservacion gritó á sus oidos, y le hizo entreveér la plácida y tranquila progresion de la idea cristiana, el imperio se aprestó desesperadamente á la pelea; bajó al circo, y nuevo y terrible Moloch, sediento de sangre humana, amontonó por el largo espacio de tres siglos monstruosas hecatombes de víctimas, hasta embotarse y saltar, hecha pedazos, el hacha de sus verdugos. Debió conocer finalmente la impotencia de su despecho, y se avergonzó de su pública debilidad.

Mientras que habia luchado con pueblos, la victoria coronó siempre su altiva frente; cuando quiso luchar con las ideas, aprendió, aunque tarde, el oprobio de su derrota. El mundo no habia aun conocido la irresistible influencia, que ejercen los principios, que se dirigen á la *humanidad*. Habia visto com-

batir pueblos contra pueblos de distintas creencias diferentes costumbres y contrarias ideas; pero siempre la fuerza habia decidido la contienda; el elemento material habia absorbido al moral.

Mas hé aqui, una lucha estraña y única en su género, importante y decisiva, en la que no se sabe qué admirar mas, si la debilidad de los medios de uno de los combatientes, ó la prontitud y celeridad de su triunfo. Tan profunda y absoluta era la antitesis que la naciente religion venia á establecer respecto á la antigua civilizacion, que sin la evidente intervencion del cielo, no puede esplicarse su glorioso desenvolvimiento. A la filosofía griega se habia opuesto la filosofía cristiana: al reinado esclusivo de la fuerza, la mansedumbre evangélica: á la diferencia de razas y la odiosa exacerbacion de los partidos políticos la igualdad ante Dios y la fraternidad del evangelio: á la monstruosa y violenta sancion de los *hechos consumados* la justicia y el derecho: á las rivalidades seculares de familias entre familias y pueblos con pueblos, los santos principios de la caridad cristiana: al reinado del orgullo el de la humildad: á la licencia y desenfreno de las pasiones las sublimes inspiraciones de la castidad, pobreza y demás virtudes cristianas: al dominio, finalmente, descuidado y tranquilo de la materia el elemento consolador y divino del espíritu.

Y es de notar con asombro, que á poco, la idea de Jesucristo lo ocupa todo; el foro, el senado, los ejércitos, los palacios de los Césares, las pobres cabañas, las *gemonias*, y sobre todo, las cárceles y las catacumbas. Aquí principalmente levantaba el cristianismo el sόlio de su incomparable grandeza, dispo-

niéndose al martirio, y respondiendo ante Dios y los hombres del celestial depósito, que se le había confiado. Cuanto mas se concitaban en su contra los furrores de los hombres y el huracan de las persecuciones, lleno de ira y de venganza, forcejeaba por minar su base, más y más crecía la preciada flor del evangelio, altiva, fresca, galana, matizada de vistosos colores, sonriendo y difundiendo en el ambiente el secreto de sus gracias. Hasta el punto, que aun no habian pasado dos siglos, y ya afirma Villemain «que en las orillas del Tiber, en el mismo palacio de mármol y de oro levantado por Neron y purificado por Marco Aurelio, en aquel solitario gabinete, en que lejos de los cortesanos y de los soldados del pretorio, el soberano de 50 millones de hombres meditaba sobre sus deberes, su mano escribía con frecuencia las mismas verdades, las mismas máximas morales que un oscuro cristiano dirigia á sus hermanos desde el fondo de las minas ó de los calabozos.»

¡Oh cuán grato y consolador es recordar aquella luciente aurora del cristianismo, aquel bellissimo crepúsculo, que la Divinidad se complació tanto en honrar con los destellos de su poder, preservando la preciosa y delicada semilla del evangelio de todos los horrores de la tempestad desencadenada en su contra!

Quando la noche vertía sus sombras y dudosas claridades sobre la metrópoli del mundo, y las salas del festin se veían magníficamente iluminadas, merced á innumerables lámparas colocadas de trecho en trecho, enmedio de graciosas pilastras ó de elegantes columnatas de mármol y de jaspe, recreando la vista con caprichosas perspectivas; allí, donde los convidados se reunían á poco y libaban por sus impúdicos dió-

ses en copas de Corinto al través de una tibia y vacilante atmósfera de perfumes de la Arabia; mientras que todos los crímenes se daban una ruidosa cita en orgías escandalosas, que la decencia no nos permite describir, cruzaban cautelosamente de todos los puntos de la ciudad ó del fondo de los calabozos los primeros fieles, envueltos en la nube del misterio hasta desaparecer en las escondidas cavernas, donde el dolor y la virtud se reunían por vez primera para regenerar á la humanidad en los mismos asilos de la muerte. Junto á las ciudades de Ostia, de Velletri, de Tiburi, de Preneste, de Palestrina, y en todos los valles que en cien curvas desembocan en la llanura del Lacio; al lado de espantosas cuevas de innumerables esclavos, condenados á asfixiarse durante la noche en horribles concubinatos, se hallaban las catacumbas abiertas en la misma toba con que se fabricaban las voluptuosas casas de campo. Allí, en la catacumba de Calisto que serpenteaba por un espacio de casi siete millas, la poderosa matrona romana, viuda del senador ó del procónsul daba, al entrar, un ósculo de paz y verdadera fraternidad á la humilde esclava ó á la desconocida vírgen del pueblo, que cubierta de blanco lino, y llevando al cuello el amuleto del cordero de Dios, que quita los pecados, se arrodillaban despues juntas ante el mismo altar á recitar las oraciones de la Iglesia. El Obispo arrebatado milagrosamente á la hoguera, el sacerdote recientemente mutilado por el martirio, el filósofo convertido, y el guerrero de la víspera, hoy humilde catecúmeno, cantaban toda la noche himnos al Señor, que nació en Belen y murió en una Cruz por su amor al género humano. Una gruta solitaria en cuyo centro se



levantaba modestamente el sepulcro de algun mártir, adornado de varias flores y regado por las lágrimas de los circunstantes; un altar, apenas alumbrado por la luz de algun cirio ó lámpara, á cuyo reflejo leía ó esplicaba el evangelio el sacerdote ó el Pontífice; algunos vasos de madera, destinados al sacrificio, he aquí el cuadro de las primeras asambleas cristianas. Despues de haber orado por las necesidades de todos y repartido los diversos oficios de caridad, cuales eran, entre otros, mantener y enterrar á los pobres, cuidar de los huérfanos, recoger los niños desamparados á la puerta de las casas ó á lo largo de los caminos, sostener los náufragos, proscriptos y condenados, un respetable anciano, el sucesor de Pedro, los exortaba por último, á la resignacion y á la esperanza; les señalaba el cielo, como término y recompensa, y les daba, quizás, la postrera bendicion en prenda de su amor y confianza.

Cuantas veces, al salir de estos lugares de oracion, palpitante, aun, el corazon con santas emociones, se veian violentamente arrastrados por viles sicarios, hasta el tribunal del prefecto ó del emperador, acompañados de furiosa muchedumbre, que hambrienta de fiestas y espectáculos gritaba á grandes voces: « los cristianos á las llamas ó á las fieras.» Y siendo conveniente contentar al pueblo, un momento antes de morir, se cubrian las apariencias de la justicia por tribunales dispuestos anticipadamente á insultar y condenar. «Vosotros no amais á nuestros principes» les decian; y contestaban las augustas víctimas: «¿quién ama al emperador mas que los cristianos? Nosotros oramos por él, por todos los soldados y por todo el mundo.»—Haced un acto de devocion; sacrificad con

nosotros.—Aunque dependiera de esto nuestra vida, ¿os parece que habíamos de adorar á los que no debemos imitar, y cuyos imitadores serian castigados por vosotros?—Sacrificad ó morir, respondia finalmente, irritado el procónsul.—Tambien dicen los ladrones de la Dalmacia, el dinero ó la vida. No se trata de quien tiene razon, sino de quien tiene la fuerza.

Y cuando eran conducidos al lugar del suplicio, una madre gritaba á su hijo desde lo alto de las galerias.—Hijo mio, eleva el corazon al cielo; no te quitan la vida, sino que te la cambian por otra mejor.—Y cuando un ministro encargado de las justicias de Valente preguntaba á una muger.—¿A donde vás tan apresurada?—A la iglesia.—¿No sabes que se dá la muerte á todos los que se encuentran en ella?—Por eso me apresuro.—¿Y ese niño?—Quiero que él tambien participe del martirio.

La sangre, por fin, corria á torrentes: y el humo de la carne, consumida en las hogueras, giraba en inmensas ondulaciones sobre Roma, dando á esta poblacion un brillo fantástico y terrible, cual si fuera la sacerdotisa encargada de sacrificar al género humano. Pero Dios habia dispuesto las cosas de otro modo, y las persecuciones debian de tener su término; no sirviendo para otra cosa, segun el plan de la providencia, que para acostumbrar á la Iglesia á la idea de su perpetuidad é indefectibilidad. El imperio romano fué, sin quererlo, el precursor del Evangelio y su mejor auxiliar; pues que sus conquistas facilitaron á la Iglesia caminos conocidos, al través de la estension, y la lengua del Lacio preparó y consolidó la unidad moral de las almas.

Mientras tanto, el Pontificado habia llenado su di-

ficil y delicada mision, colocándose á la altura que las circunstancias exigian, estendiendo por todas partes la influencia de su poder espiritual. El dogma, el culto y la disciplina fueron objeto de sus especiales cuidados; y todas las iglesias recurrian respetuosamente á la silla de S. Pedro para resolver sus dudas, afianzarse en la fé y dirigirse al través de las azarasas y críticas circunstancias que venian atravesando. Si un dia la Iglesia de Corinto se encuentra agitada por la discordia, acude á Roma; y la contestacion de S. Clemente revela, no tan solo el profundo respeto que se tenia al sucesor de Pedro, sino tambien que el ejercicio de su poder se circunscribia á la reforma de las costumbres, á la enseñanza de las tradiciones y á la interpretacion de la doctrina evangélica. Si en el siglo segundo vuelve á recrudescerse la cuestion de la celebracion de la Pascua en las iglesias de oriente y de occidente, S. Victor interviene, celebra concilios en Roma, y para dar término al debate amenaza con la excomunion á los que se empeñaban en seguir distinta práctica de la iglesia romana. A principios del siglo III S. Ceferino excomulga á los montanistas, siendo fielmente cumplido este decreto en todas partes; considerandose á los mismos como hereges declarados. Luego el Papa S. Fabian envia en el año 249 á las Gálias siete Obispos con otros ministros inferiores, para predicar el evangelio; fundando las iglesias de Narbona, Paris, Tours, Arlés, Limoges y Auvernia. Y así en todos los acontecimientos é importantes sucesos que tuvieron lugar en estos tres siglos, se observa el poder pontificio, ejerciendo su soberanía con entera independencia; ultimando todos los asuntos y ensanchando la

esfera de su acción espiritual. El cisma de Novaciano, el de Fortunato, los diferentes concilios que se celebraron, las diversas cuestiones que la heregia agitaba con motivo de la penitencia de los moribundos, el bautismo de los hereges, y otras, muestran bien á las claras, la potestad espiritual que de hecho y de derecho competía al sucesor de S. Pedro.

Conste, pues, que el Pontificado, durante los tres siglos de persecuciones, que pesaron rudamente sobre la Iglesia, no tuvo, ni pudo tener ambición alguna temporal; ejerció libérrimamente su potestad espiritual, sin salirse jamás del círculo de sus atribuciones; y que desde S. Pedro hasta S. Silvestre, todos los Pontífices, á escepcion de algunos á quienes los trabajos del apostolado anticiparon la muerte, todos sellaron con su sangre la altísima misión que se les habia encargado. Observaron en medio de los horrores de la persecucion aquella actitud pasiva, que tan bien sentaba á su augusto carácter; y que en un dia, no muy remoto, habria de concederles la mas insigne victoria.

En efecto, corria el año de 312, cuando el vencedor de Turin, Verona y el puente Milvio, libre ya de su tenaz rival Majencio, se convierte públicamente al cristianismo; y en el Lábaro del gran Constantino se veia ondear la Cruz de Jesucristo ante la faz de los ejércitos y las legiones victoriosas, sorprendidas de la actitud del emperador. La Iglesia respira por último, y sale de las catacumbas; vive al aire libre y continúa difundiendo, en el mismo sentido, pero en mayores proporciones, la benéfica influencia de la civilizacion cristiana. No se envanece, no, con el triunfo conseguido; antes bien, cuenta las grandes dificult-

tades, que tenía, aun, que vencer; sigue con ardor y con prudencia suma su sistema de propaganda, y acomete con valor y perseverancia la delicada y espinosa obra de proteger el dogma contra las tentativas de la corrupcion y de la heregía.

Por otra parte, el emperador se había convertido, pero no el imperio: esto era cuestion del tiempo y de la persuasion. El paganismo, caduco y desprestigiado, estaba herido de muerte: la conversion del emperador le habia hecho llevar la mano al corazon con un grito de dolor, llenando los aires de quejas y recriminaciones. Habia sabido vivir en la prosperidad y en la abundancia, y toda su actividad parece se habia gastado en aquellas dulces horas, que nunca mas habian de volver: no estaba, pues, preparado para la adversidad y el contratiempo. Cuando sonó para él la hora de la desgracia, no tuvo el valor del martirio: se encerró estúpidamente en una estéril y débil lamentacion, elegía que nadie se tomó el trabajo de escuchar; y la mayor parte de sus adeptos volvieron los ojos al esplendente sol que ya lucía en el horizonte. Despues que llegó á comprender la esterilidad de sus lágrimas y despecho, marchó á Roma, y aprovechándose del prestigio que dan siempre las tradiciones y los gloriosos recuerdos, se hizo conspirador de oficio; y oculto entre las sombras, empezó á sembrar el descontento y la calumnia contra el emperador. Las pasiones, á poco, se soliviantan; los intereses creados se alarman; el poder de los hábitos y las costumbres crece con mayor abundancia de vida; dando por resultado, como era de esperar, un odio y una enemistad profunda al vencedor de Majencio. Roma, pues, llega á odiar mortalmente á Constantino. Asi que, cuando

este, despues de arregladas las ruidosas cuestiones del Oriente, se dirige por tercera vez á Roma, no pudo esta disimular el disgusto que le producía su presencia.

Verdad es que, el emperador llegó á pagar en la mismo moneda; há tiempo, que el instinto le hacia repugnante aquella capital; por eso, no se habia apresurado á regresar. «Y el código de Teodosio marca minuciosamente, segun nota un escritor contemporáneo, el itinerario del emperador, de Naissa á Sirmio, de Sirmio á Aquilea y de Aquilea á Milan; en cada uno de estos puntos se detuvo, segun parece, bastante tiempo; y es que experimentaba cierta desazon al aproximarse á Italia y á la capital del mundo.»

Con efecto, Roma degradada y envilecida no podia complacer la grande alma de Constantino; aquel aire de fatuidad y ridícula *etiqueta* debia hacerle mal; todo aquel simulacro de religion, aquellas fiestas, aquellos templos y ceremonias, y mas que esto, los hábitos de licencia é insubordinacion, á que los romanos estaban tan acostumbrados, debian inspirarle profunda repulsion. No obstante, la moderacion, el espíritu previsor y aquella grandeza de alma que acompañó siempre á Constantino, en nada modificaron ni cambiaron, respecto á Roma y el politeismo; su política fué idéntica, y á la par sábia; devoró en silencio los ultrages, que públicamente se le hacian, y dejó al tiempo el cuidado de vengarle, destruyendo la antigua religion. Los intereses religiosos y políticos le llamaron al Oriente, y salió por fin de Roma para nunca mas volver, estableciendo en Bizancio la nueva silla de su imperio.

Aquí empieza á comprenderse la accion de la Providencia, respecto al poder temporal. No dirémos que

este hecho sea el origen de la Soberanía del Papa, ni mucho menos; solo queremos hacer observar que este acontecimiento de la traslación de la silla del imperio, debió de entrar en las miras de la Providencia, respecto al Pontificado; y la continuidad de los sucesos de esta índole prepararon admirablemente y sin violencia la realización del hecho que venimos investigando.

Lo que tenemos aun que decir, respecto al origen del poder temporal, abogará nuestras indicaciones.

*(Se continuará.)*

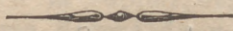
AGUSTIN SANCHEZ TORRES, PRO.

de hecho sea el origen de la soberanía del papa  
de hecho tenes solo debernos hacer observar que  
de conocimiento de la trasacion de la silla del im-  
perio, debió de entrar en las miras de la Providen-  
cia, respecto al Pontificado; y la continuidad de los  
necesos de esta índole prepararon admirablemente y  
de violencia la trasacion del hecho que venimos in-  
terrogando.

Lo que tenemos que decir, respecto al origen  
del poder temporal, es que en las indicaciones.

## DE LA RELIGION

### CONSIDERADA COMO SENTIMIENTO DEL CORAZON HUMANO.



Agustin Sanchez Toranzo, Pro.

*(Conclusion.)*

Pero replican: «el espíritu no afecta ninguno de nuestros sentidos, y por tanto no podemos formar idea de él ni convencernos de su existencia.»

Ya hemos visto que la idea que forma el hombre de los objetos, no es otra que la reunion de sus propiedades, y así esta idea es tanto mas completa, cuanto mayor número de propiedades conoce. Pero estas propiedades no todas se conocen por los sentidos: hay muchas que son debidas á la inteligencia. Tales son las de los números y de las figuras geométricas, cuyo caudal se ha aumentado y aumenta prodigiosamente todos los dias con los progresos de la análisis: tales son las ideas de relaciones: tal es en fin la



idea de *fuerza* en mecánica, que no ha podido adquirirse por el movimiento de los sentidos, que solo ven el *efecto*, que es el movimiento, y no la *causa*. Y esa es la razón porque los materialistas, que quieren ser consecuentes niegan que á la palabra *fuerza* corresponda ninguna idea: como si *causa del movimiento* no quisiese decir nada, y como si fuese posible calcular las leyes de las potencias, tan varias, tan abstractas, sin tener conocimiento de lo que son. Lo que no se sabe, y acaso se ignorará siempre, es cómo la fuerza produce el movimiento, así como se ignoran otros infinitos arcanos de la naturaleza: pero de la existencia, así del movimiento como de la fuerza, estamos muy seguros. No hay mas que echar á andar.

Muchas sustancias hay, aun de naturaleza corpórea, cuya existencia, oculta durante muchos siglos, ha revelado al fin la inteligencia humana sin el auxilio de los sentidos. Tales son esos gases invisibles é impalpables, que descubrió el genio de Priestley y de Lavoisier. ¿Porqué creemos que existen, aun los que no estamos iniciados en los misterios de la química? porque sabemos que sin ellos serian inesplicables muchos fenómenos de la naturaleza. Pues bien: por la misma razón creemos que en el hombre hay un espíritu: porque con sola la materia son inesplicables los fenómenos de la inteligencia y de la voluntad.

En fin (y esto parecerá una paradoja á los hombres poco versados en los estudios filosóficos), más seguros estamos de la existencia del espíritu que de la del cuerpo. El hombre no puede tener duda en que *entiende* y *quiere*: su conciencia le avisa á cada momento de la existencia de estas dos facultades, cuyos caracteres son bien distintos y conocidos. Pero ¿quién

le asegura que ese magnífico espectáculo del cielo y la tierra presente siempre á sus sentidos, no sea una modificacion de su propio ser; una transmision de su vida á imágenes falaces como las del sueño, y creadas por la fantasía? ¿Quién le demostrará que la vida no es un sueño continuado en lo físico, así como la presentó nuestro gran dramático en lo moral? Nadie ignora el camino sábio é ingenioso que siguió Desttut Tracy para demostrar la existencia de los cuerpos. ¡Cosa estraña! Solo al espíritu del hombre se debe la certeza de que hay materia: y ¡todavía niegan algunos hombres la existencia del espíritu solo porque no es material!

La idea del espíritu es exacta, clara, perceptible; pues su definicion consta de las dos operaciones, *entender* y *querer* que tan familiares nos son, y cuya incompatibilidad con las propiedades de la materia hemos ya demostrado. Si esta idea no puede presentarse á la imaginacion bajo ningun fantasma corpóreo, es porque el objeto de ella carece de todas las propiedades de los cuerpos. ¿Quien puede retratar ni el pensamiento ni el deseo? Lo mas que puede hacerse es una comparacion, una metáfora, una alegoría; no un diseño, como se hace de cualquier sustancia corpórea.

Formada una vez la idea precisa del espíritu, fácil fué concebirlo separado del cuerpo humano, que le sirve de instrumento. Su esencia es *entender* y *querer*: la materia ni entiende ni quiere: es posible, pues, la abstraccion, la separacion de estas dos sustancias. Desttut Tracy no comprende como el alma pueda obrar sin el cuerpo: y es cierto que no tenemos idea de ello, pues jamás hemos pensado sin sentidos ni cerebro. Pero esto no impide que no sea posible la separa-

cion, aunque ignoremos las leyes que seguirá el pensamiento en la region de la inmortalidad. El cuerpo humano es una máquina cuya organizacion actual puede destruirse. El alma no es susceptible de disolucion porque carece de partes transponibles. Seguirá, pues, pensando y ejerciendo sus facultades despues de la muerte: cómo, no es dado á la filosofía saberlo ni aun investigarlo.

Demostrado que el espíritu puede existir sin el cuerpo, y ha de existir realmente así, no es difíci determinar si Dios, el Ser Supremo, infinito, omnipotente y omnisciente es espíritu ó es cuerpo. Debien-do ser atributos suyos la eternidad y la inmensidad, es preciso escluir de su idea todo principio material. Es, pues, el grande espíritu, criador del universo físico é intelectual. Hasta aquí llega la razon humana: la cual admite tambien como posibles espíritus creados y subalternos, desligados de la materia, así como tambien varios grados de inteligencia en ellos, y aun varias clases de seres compuestos de cuerpo y alma. La riqueza y variedad de las producciones en el mundo físico hace muy probable igual profusion en el moral.

Estos son los límites impuestos á la razon y á la filosofía: lo demás, que sabemos acerca de la divinidad, lo debemos á la revelacion: y nos hemos estendido tanto en lo que es dado al hombre entender por sí mismo, con solo el objeto de demostrar la existencia de dicha revelacion.

Si comparamos los resultados de las consideraciones filosóficas con la creencia y prácticas religiosas de los tiempos patriarcales, observaremos una completa identidad de principios, sin mas diferencia que la que exis-

te entre el idioma técnico de las escuelas de filosofía y el lenguaje familiar y común de los hombres. En el Génesis, único libro histórico que poseemos de aquella época remota, constan los mismos elementos de teología natural, de psicología y de moral, coordinados por los sábios. La existencia y unidad de Dios, la libertad del hombre, su capacidad para el mérito y demérito se proclaman á cada paso en el primero de nuestros libros sagrados.

Pero los patriarcas, viviendo en la primitiva sencillez de la naturaleza, no pudieron conocer estas verdades por el estudio y el raciocinio. Sus ocupaciones habituales llenaban todo su tiempo: el sistema absurdo del politeísmo era ya comun en casi todos los pueblos del Asia, señaladamente entre los caldeos, fenicios y egipcios, los mas sábios é industriosos de aquella edad del mundo. Era preciso, pues, que los conocimientos sobre la verdadera creencia y el verdadero culto los hubiesen adquirido por tradicion, y esta tradicion supone una revelacion primitiva. En los pueblos en que se perdió la tradicion, comenzaron los delirios de la idolatría.

No queremos nosotros degradar la razon humana hasta el punto de creer que no es capaz de elevarse por sí misma al conocimiento de la divinidad. Lo que hicieron Sócrates y Marco Aurelio pueden indudablemente hacerlo todos los hombres, siempre que sepan dejar el uso de su inteligencia libre y desembarazado de toda preocupacion, de toda pasion, de todo interés. ¿Pero es fácil esto á todos los hombres? no: y así es que son muy contados los filósofos, aun en los siglos mas brillantes de la civilizacion griega y romana, que lograron adquirir nociones algo mas exactas acerca del Ser supre-

mo. Pero cuando habla la revelacion, se acaban las preocupaciones, cesa el estímulo del interés, y las pasiones se someten. Por eso la creemos necesaria; por eso creemos que en las primeras edades del mundo no tuvo otro medio para conservar la pureza de la religion natural: no porque la razon no pueda elevarse hasta ella, sino porque la revelacion pone á todo el género humano en situacion á propósito para conocer lo que sin la voz divina, solo hubiera vislumbrado un corto número de almas privilegiadas. La ley, dice S. Agustin, estaba escrita en los corazones; pero como pocos hombres saben leer en su interior, Dios la escribió en las tablas. Ese es el efecto de la revelacion: romper el velo que oculta al hombre el misterio de su existencia.

No podemos dejar de reconocer el carácter de verdad que tiene la religion natural, cuando comparamos la revelacion primitiva con los resultados que produce el estudio y los progresos de la ciencia psicológica. Esta admirable coincidencia en las nociones de la existencia y unidad de Dios, de la necesidad del culto y de la inmortalidad del alma, con el sentimiento religioso que eleva nuestros corazones hasta el Ser supremo, y con la revelacion hecha por él mismo, prueba hasta la evidencia, que tuvieron un solo origen los dictámenes de nuestro entendimiento, los afectos de nuestro corazón, y la voz celestial que habló á los patriarcas de la primera edad. Esta es la ocasion de decir con Racine el hijo: *la razon conduce al hombre á la fé*. Su padre, mas poeta que él, hubiera dicho: *la razon y el sentimiento*.

El sentimiento religioso prueba por sí solo la existencia del Dios que lo ha grabado en nuestras almas. Algunos han pretendido debilitar la fuerza de esta prueba moral, diciendo que no hay consecuencia del deseo ó

de la necesidad que el hombre tenga de un objeto á su existencia real: y se fundan en las pasiones absurdas que nacen tal vez en el corazon humano, sin tener fuera de la fantasía objeto que les corresponda. Pigmaleon se enamoró, dicen, de una estatua; Narciso de sí mismo, y los niños quieren coger la luna.

No es esa la cuestión. Aquí no se trata de los caprichos, de las veleidades que suele tener una imaginacion individual, desarreglada por la demencia y áun por los vicios. Se trata de los deseos, de los instintos universales del género humano. Todos ellos se han dado para ser satisfechos, y tienen objetos que los satisfacen. Tampoco tratamos de las pasiones facticias creadas por la sociedad, sino de los sentimientos puros inspirados por la naturaleza.

La sociabilidad, el amor, la compasion, la amistad, el deseo de la propia conservacion, el de la propagacion de la especie, el de satisfacer el hambre y la sed, el de *trabajar*, esto es, de egercitar las facultades físicas é intelectuales; todos estos sentimientos, todas estas necesidades tienen objetos que las satisfacen en el mundo físico y moral. El instinto no engaña jamás. ¿Porqué, pues, nos habia de engañar el sentimiento de gratitud y amor al Ser independiente; sentimiento inspirado por nuestra misma independenciam? ¿Será falso é ilusorio el consuelo inefable que recibe el alma del justo luchando contra la adversidad, cuando dirige á Dios sus plegarias? ¿Será frustrada la esperanza del que confia en el Omnipotente? El pajarillo encuentra el grano y los materiales de su nido: el lirio su vestidura: ¿y solo el hombre estará condenado á correr trás una esperanza faláz? Mas: el hombre halla la compañera que desea: el amigo, que toma parte en sus penas y en sus venturas: ¿y no encontra-

rá nunca á su Dios? ¿Pues quién le ha inspirado ese deseo tan general, y si no tan vivo como los que se refieren á los objetos del mundo físico, mucho mas constante, mucho mas duradero que todos los demás?

La existencia de Dios es indudable para el hombre: pues el hombre implora su proteccion, y desea ser amado de él. El instinto religioso no existiria, si Dios no lo hubiera infundido. Hay Dios: pues todos los hombres dicen que le hay, y le adoran y respetan. Un pueblo de ateos es imposible, y aún no nos engañaremos, si negamos la existencia del ateismo individual.

Otros filósofos, confesando la existencia del sentimiento religioso, y admitiendo su consecuencia natural, esto es, el deber de la adoracion y del culto, creen indiferente *la forma*, es decir, el conjunto de los dogmas y prácticas religiosas bajo las cuales se tributen el culto y la adoracion. No podemos adoptar esta indiferencia. ¿Seria lo mismo ofrecer á la divinidad los niños criados, como á Mooch, ó la hostia inmaculada del cristianismo? ¿Seria indiferente honrar á Dios con la prostitucion y los desórdenes, como en el templo de Venus Babilónica, en las fiestas lupercales de Roma y en las pagodas del Indostan, ó con la virginidad, pureza y modestia de costumbres? ¿No hay diferencia entre sacrificar á los manes víctimas humanas, ó las viudas quemadas en honor de sus esposos, y dirigir plegarias al cielo por las almas de los difuntos? ¿Es igual someter el mundo á la violencia brutal como los mahometanos, ó al imperio de la inteligencia y de la virtud como el autor del cristianismo? Pues tantos y tan grandes absurdos tienen que devorar los predicadores del indiferentismo.

El sentimiento religioso es natural y universal en el

linage humano; pero así como los demás afectos naturales, puede degenerar, pervertirse, debilitarse con las falsas ideas, con los delirios de una imaginacion desarreglada, ó con la corrupcion del corazon. De estas fuentes han procedido las prácticas ridículas, los usos inmorales, las atrocidades monstruosas del fanatismo, que hicieron exclamar á Lucrecio:

*Tantum religio potuit suadere malorum.*

Nosotros tendremos por igualmente buenos y admisibles los diversos sistemas de creencia, siempre que se nos demuestre que la religion es lo mismo que la supersticion, la verdad que la mentira, la maldad que la virtud.

Y obsérvese que en todos los sentimientos naturales se observan iguales vicios en sus defectos y en sus excesos. Tanto ultraja á la naturaleza el padre que por una rigidéz mal entendida forma de su hijo un esclavo, como el que por excesiva indulgencia le convierte en mónstruo. La lubricidad desventurada, ¿es acaso el afecto del amor? ¿ó bien nos ha inspirado la naturaleza el apetito de la comida y de la bebida, para que con los excesos de una y otra destruyamos nuestra salud y abjuremos nuestra inteligencia?

Y hé aquí otra nueva prueba de la necesidad de la revelacion. Sin ella seria imposible conservar en su pureza natural el sentimiento religioso: así como sin la moral y sin las leyes de generacion los demás sentimientos humanos. El de la religion corre mas peligro que otro alguno, por la propension del hombre á divinizar sus pasiones, y en general, todos los objetos que ama ó aborrece: porque de estos objetos y de aquellas pa-



siones se halla casi siempre dependiente en la carrera de su vida.

La revelacion, pues, indica al sentimiento religioso cuál debe ser la creencia, la adoracion y el culto. Ahora bien: cuando el cielo ha hablado, ¿será lícito desatender su voz? ¿será lícito adorar la divinidad de otro modo que como ella misma ha dictado? El indiferentismo, dando fuerza á la voluntad individual, aniquila la religion, destruyendo la autoridad divina en que se funda.

Ya hemos visto la influencia del sentimiento religioso en el corazon humano. Réstanos ver su efecto en las masas. Es un fenómeno bien conocido, aunque no suficientemente observado ni en su origen ni en sus consecuencias, que no existe sociedad, pueblo ni nacion alguna, ni ha existido jamás, sin creencia y sin culto. ¿Podria deducirse legítimamente de este hecho, que la sociedad civil, es un producto de la religion? Examinémoslo.

En primer lugar: observamos que hay algunos pueblos, cuyo origen es conocido en la historia, y á quienes la religion congregó en sociedad política. ¿Quién convirtió á los hebreos, esclavizados por los egipcios, en una nacion libre é independiente? La voz del cielo. ¿Quién congregó las tribus dispersas de los árabes y fundó con ellas un imperio, terror y azote del mundo? Las imposturas religiosas de un epiléptico, dotado de ingenio profundísimo y de imaginacion activa. ¿A quién debieron los españoles, vencidos y oprimidos por los sarracenos, la perseverancia con que restauraron su monarquía, sino á la religion de sus padres? Y en nuestros dias, ¿no se ha repetido, en los griegos modernos, estos que parecen prodigios de la creencia?

2.º Observamos grabado en las costumbres políticas de los pueblos el tipo de sus creencias religiosas. Roma fué la capital del mundo, porque antiguamente, se halló ó se creyó que se había hallado una cabeza humana en el monte Tarpello. Las naciones bárbaras, establecidas en las ruinas del imperio romano, introdujeron en su gobierno el principio teocrático. No hubo pueblo en Grecia ni en Asia que no tuviese su origen en algun dios; y no olvidemos que Licurgo, al reformar la constitucion de Esparta, no se atrevió á derribar el trono sagrado de los heráclides. El sistema político y administrativo del Indostan ha tenido siempre por basa la division de castas, originada de las diversas familias de sus divinidades: y el imperio chino, el mas antiguo de la tierra, y en el que por mas tiempo se ha conservado el dogma de la religion natural, sin mezcla de supersticion, reconoce como principio político, que el poder de su emperador es un simulacro, un emblema del poder paternal de Dios en el universo.

3.º No hay pueblo alguno que no haya consignado sus prosperidades ó sus desgracias con fiestas y monumentos religiosos. La primer poesía de los pueblos fueron himnos dirigidos á la divinidad. Parece que la religion preside al nacimiento y progresos de la sociedad, así como la irreligion á su decaimiento y ruina.

Puede asegurarse, pues, que las naciones debieron su conversion en comunidades políticas, á su creencia, verdadera ó falsa; pues una y otra proceden de un impulso que verdaderamente existe, cual es el sentimiento religioso; el cual, por mas pervertido que esté, es capaz siempre de producir su efecto natural, que es la *asociacion* de los hombres.

En efecto, no conocemos en los principios de las sociedades ninguna fuerza humana capaz de crear las relaciones de mando y obediencia que constituyen esencialmente el gobierno, sino la sancion religiosa. El pueblo de Rómulo hubiera perecido por su misma ferocidad sin las instituciones de Numa. Solon, Licurgo, todos los legisladores han puesto sus leyes bajo la salvaguardia de la divinidad, y *ab Jove principium* fué el axioma de los sábios, poetas y políticos del paganismo. Solo el vínculo de la creencia comun pudo unir á los hombres dispersos por las selvas: solo la conviccion religiosa pudo sujetar á los bárbaros independientes y no acostumbrados al yugo. La fábula de los habitantes agrestes del Tiber, civilizados por el dios Saturno, es ingeniosa, y encierra una virtud profunda.

Hemos demostrado que la religion es un sentimiento natural al hombre y universal: hemos reconocido su origen: hemos examinado su conformidad con las ideas de los filósofos y con los dogmas de la revelacion: hemos visto que puede corromperse, y por tanto, que necesita de la autoridad divina para conservar la pureza de su origen; y en fin, que es el verdadero agente de la civilizacion.

No ignoramos que los principios de la religion se insinúan mejor por el sentimiento que por el raciocinio: por la sublimidad ó ternura de los afectos que inspira, que por la solidez y rigor de las demostraciones. Pero escribimos en una época de disputa y sofistería; y nuestra mision ha sido, no la del poeta que canta inspirado, sino la del filósofo que destruye con argumentos las preocupaciones anti-religiosas.

ALBERTO LISTA.

---

---

## POESIAS.

---

### FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.

---

La apacible primavera  
Muestra su grata sonrisa,  
Y levántanse las plantas  
Con nuevas galas vestidas.

—¿Quién os sostuvo en invierno,  
—Esclama el áura benigna,—  
Quién en invierno os sostuvo  
Inocentes florecillas?

El agua cayó á raudales,  
Ronco el ábrego rugía  
Y la nieve y el granizo  
Azotaron las campiñas.

¿Cómo firmes arrostrásteis  
Esas borrasas impías,  
Cuando abatidos cayeron  
Robles y fuertes encinas?—

—Oye y sabrás nuestra historia,

Nuestra historia peregrina,  
—Las dulces hijas del prado  
Apacibles le replican.—

Cuando el trueno amenazante  
Por los espacios rugía,  
Con pródigo instinto al cielo  
Elevábamos la vista.

Si nos cercaba la niebla  
Esperábamos tranquilas  
A que luciera de nuevo  
El astro puro del día.

Si el hielo nos azotaba,  
Con mútuo cariño unidas,  
Dulce auxilio nos prestábamos  
Dolientes y compasivas.

Así sufrimos humildes,  
Aguardando que propicia  
A dar fin á nuestros males  
La bella estacion vendría.—

—Y llegó para vosotras;  
Alentad, flores benignas,  
Que si en el dolor al cielo  
Fieles alzábais la vista;  
Si esperásteis ver la lumbre  
Cuando la niebla os ceñía  
Y prestándoos mútuo apoyo  
Vida os dísteis compasivas;

Justo és que alcanceis el premio  
Ya que humildes y sencillas  
Fé, esperanza y caridad  
Escogísteis por divisa.—

Tal dice el áura; a las flores  
Con tierno cariño mira,  
Y sin cesar á su lado  
Las leves alas agita.

Luego el aroma acogiendo  
Que en el cáliz escondian,  
Ráuda del polvo se aleja  
Y hácia el cielo se encamina.

---

Dulces flores animadas,  
Tiernas, inocentes niñas,  
Escoged tambien vosotras  
Esa celestial divisa;

Las tempestades del mundo  
Ella piadosa mitiga,  
Y otra estacion os ofrece  
De sempiternas delicias.

Ella el áura de la muerte  
En áura trueca de vida,  
Aura que al cielo conduce  
Al alma que en Dios confia.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

Coplas compuestas para cantarse en la novena de Ntra. Sra. del Rosario, que se venera en la iglesia del ex-convento de Santo Domingo, en Sanlúcar de Barrameda.

CORO.

Dulce Virgen, del hombre consuelo,  
Y del Verbo encarnado mansion,  
Dénos, Madre, la dicha del cielo,  
Del Rosario la santa oracion.

*Estrofa 1.<sup>a</sup>*

*Dios te salve, María,* postrado  
Te saluda el Arcángel Gabriel:  
*Dios te salve, María,* decimos,  
Tú, venero perenne del bien.

*Llena eres de gracia, María,*  
Vencedora del fiero Luzbel,  
Concebida sin culpa la sola  
Desde el punto primero del ser.

*Dulce Virgen, etc.*

2.<sup>a</sup>

*El Señor es contigo* en el trono  
Ante el cual es tinieblas el sol,  
A tus plantas la luna se humilla,  
Las estrellas tu aureola son.

*Tú, bendita entre todos los seres,*  
Virgen Madre, de Vírgenes flor,  
Sobre tí los raudales de gracias  
El Eterno gozoso vertió.

*Dulce Virgen, etc.*

3.<sup>a</sup>

*De tu vientre bendito es el fruto,*  
Redentor de los hombres, *Jesus:*  
Que bramando el infierno de ira  
Destrozó su poder en la Cruz.

*Santa Madre de Dios por nosotros*  
Sin cesar al Señor ruega tú,  
Y despues de morir, tus plegarias  
Nos alcancen gozar de tu luz.

*Dulce Virgen, etc.*

4.<sup>a</sup>

¡Gloria al Padre, Criador de los orbes!  
¡Gloria al Hijo, feliz Salvador!  
¡Gloria, gloria, al Espíritu Santo!  
Llene el mundo el ferviente clamor.  
Era así en el principio, es ahora,  
Y será, eternamente, la voz  
Por los siglos de siglos tronando  
Dirá: ¡Gloria por siempre al Señor!

J. J. BUENO.



## SECCION OFICIAL.

MINISTERIO DE FOMENTO.

*Exposicion á S. M.*

SEÑORA:—El estudio de la segunda enseñanza verificado en los seminarios conciliares, ha sido objeto de varias disposiciones en el presente siglo, sin que hasta ahora pueda decirse que la cuestion se haya fijado y resuelto en los términos y con la precision que reclaman los altos intereses de la Iglesia y del Estado. A tenor de las ideas, de los principios, quizá de las preocupaciones predominantes en cada época, se ha querido examinar y decidir un punto que exige para ser tratado con general provecho, elevacion de pensamiento, serenidad de ánimo, y gran fondo de imparcialidad, de legítima y racional confianza, y de respeto á muy venerandas tradiciones de la pátria. Así lo comprendió desde el primer momento el ministro que suscribe, y sobreponiéndose en fuerza de su buen deseo y de su celo ardiente por el mejor servicio de V. M. á todo trivial reparo de pasadas diferencias y á todo interesado temor de espíritus estrechos, se decidió á comenzar la obra de que en su juicio ha menester la instruccion pública por el importantísimo punto de la segunda enseñanza de los seminarios: á este fin ha celebrado conferencias con el M. R. Arzobispo Nuncio de su Santidad, y habiendo llegado en ellas á un acuerdo perfecto, garantía de leal reciprocidad, tiene la honra de someterlo á V. M., formulado en un proyecto de decreto.

Puede considerarse la segunda enseñanza, bajo dos aspectos diferentes, y aspira en realidad á dos fines principales, segun está organizada. Por ella los conocimientos útiles se difunden: las clases acomodadas adquieren aquel grado de ilustracion que determina el nivel de los pueblos cultos; concluidos sus estudios y recibido el grado de bachiller, muchas personas tienen ya el pequeño caudal científico que necesitan para no ser extranjeras en el mundo de las ideas y de la humana actividad intelectual. Es á su vez la segunda enseñanza preparacion y camino para la superior: los gérmenes literarios y científicos que contiene, se desarrollan y fructifican despues, así en el campo de las ciencias

especulativas y abstractas, como en el de las naturales. De donde lógicamente se deduce que todo cuanto los gobiernos hicieren por estender y facilitar la segunda enseñanza, redundará en beneficio de la general ilustracion, y ensanchará las vias por donde se llega al cultivo de las facultades que tanto brillaron un dia en las inmortales escuelas españolas.

Por eso, sin duda, en la legislación vigente de instruccion pública se nota una visible tendencia á favorecer la segunda enseñanza hasta el punto de dejar cuatro años, de los cinco de que consta, en una amplitud tal, que casi se acerca á la libertad absoluta. Los cuatro cursos de enseñanza doméstica y la facultad de establecer colegios privados con sujecion á la ley, demuestran cual fué la mente del legislador, y son uno de los principales fundamentos de la medida que ahora pende de la soberana aprobacion de V. M.

Son los Seminarios conciliares, antiguos y respetables establecimientos de educacion y de instruccion regidos por los Prelados, á quienes por los sagrados cánones compete la direccion de los estudios eclesiásticos. Se dán en estos establecimientos los cursos que antes se llamaban de filosofía y ahora de segunda enseñanza y se dán con casi idénticas condiciones que en los Institutos. ¿Por qué, pues, han de negárseles las ventajas que con tanta facilidad se conceden á los colegios privados? En un país en que afortunadamente se conserva incólume la unidad católica; en que las relaciones de la Iglesia y el Estado son cordiales é íntimas; en que la historia, las tradiciones y los sentimientos se anudan y conforman para mantener como un elemento de vida esa intimidad cordial; en un país que puede ostentar al mundo el ejemplo de un clero, que en la série de los siglos ha dado los mas grandes teólogos de la cristiandad, los juristas mas afamados, los poetas mas insignes, los Santos y los sábios con que se honran los fastos de la religion y de la ciencia, ¿puede continuar el espectáculo de que estén divorciados y se reputen como heterogéneos, ya que no como rivales, aun los estudios de segunda enseñanza, cuyo establecimiento y direccion están al alcance de cualquier empresario particular? El ministro que suscribe no necesita insistir en esta reflexion: está convencido y cree que igual conviccion abrigarán todas las personas imparciales de que no puede negarse á los RR. Obispos la confianza que se deposita en los fundadores de colegios privados: cree así mismo que siendo

crecido el número de poblaciones en que habiendo Seminario conciliar no hay Instituto, se hará un beneficio á la general cultura, y se cumplirán los fines de la ley que rige, dando validéz á los estudios de la segunda enseñanza verificados en aquellos establecimientos.

Al acordar esta medida, el ministro que suscribe ha tenido presentes todas las disposiciones dictadas al efecto desde el plan de estudios de 1771 hasta la fecha. La vária índole de esas disposiciones ofrece un medio seguro para apreciar el estado de relaciones en España del poder civil con el espiritual; pero no puede negarse (aparte las deplorables exageraciones en contrario sentido) que siempre el poder civil, áun en los días en que podia suponerse mas eficaz la influencia del clero, mantuvo digna y respetuosamente su facultad de dirigir la enseñanza en todo cuanto no se refriese á la carrera eclesiástica. No es, pues, el ministro que suscribe menos celoso de los derechos é intereses que le están encomendados, que otro alguno de sus antecesores; y este concepto ha reproducido las condiciones con que en distintas épocas se adoptaron medidas como la que, de acuerdo con el real Consejo de Instrucción pública, tiene el honor de proponer en el siguiente proyecto de decreto.

Madrid 8 de Setiembre de 1866.—Señora: A. L. R. P. de V. M.—Manuel de Orovio.

REAL DECRETO.

En atención á las razones que me ha espuesto el ministro de Fomento, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Los estudios de segunda enseñanza que se hagan en los seminarios conciliares, habilitan para recibir el grado de bachiller en artes, y para ingreso en las carreras civiles.

Art. 2.º Para gozar de las ventajas á que se refiere el artículo anterior, los Seminarios conciliares deberán llenar las condiciones siguientes:

1.ª Se dará la enseñanza en los Seminarios conciliares por profesores habilitados con el título que se exige á los de instituto. A los que carecieren de este requisito se concede el plazo de tres años para graduarse; los que llevasen ya algun tiempo en la enseñanza disfrutarán la gracia que se otorga por el art. 155 de la ley á los catedráticos de instituto respecto á estudios privados.

2.<sup>a</sup> Los rectores de los Seminarios remitirán al de la Universidad del distrito lista de los alumnos matriculados, quince dias despues de cerrada la matrícula, y lista de los examinandos, con sus notas, quince dias despues de terminados los exámenes.

3.<sup>a</sup> Se adoptarán para todos los cursos, libros de texto de los comprendidos en la lista que ha de publicarse: en tanto que se publique, si los prelados tuvieren por conveniente ó creyeren necesario adoptar otros que no se hallen en la actual, remitirán nota expresiva de ellos á la Direccion general de instruccion pública. Los textos señalados ya en los Seminarios con acuerdo de ambas potestades se considerarán como incluidos en la lista oficial de gobierno.

4.<sup>a</sup> Para la enseñanza de las materias que constituyen el año quinto, los seminarios que deseen aprovechar las ventajas de este decreto se proveerán del material científico necesario. Los RR. prelados remitirán á la direccion general del ramo, inventario de las máquinas y enseres con que cuenten sus respectivos Seminarios.

Art. 3.<sup>o</sup> Los actuales alumnos de segunda enseñanza de los Seminarios podrán incorporar en el instituto los cursos que ya tuvieren ganados mediante exámen.

Art. 4.<sup>o</sup> Son incorporables en los institutos los estudios de segunda enseñanza verificados hasta la fecha en los Seminarios mediante exámen por asignaturas, satisfaciendo solamente los derechos de exámen: si las asignaturas que á dichos alumnos faltaren no escedieren de tres, podrán estudiarlas en un curso en el instituto. Para presentarse á incorporacion deberán los alumnos acreditar con certificados en regla el estudio hecho, y el tiempo invertido.

Dado en Zarauz á diez de Setiembre de mil ochocientos sesenta y seis.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Fomento, *Manuel de Orovio*.

---

*Breve de S. S., por el cual ha tenido á bien prorogar por diez años el indulto cuadragesimal.*

PIO IX PAPA.

Para futura memoria.—Se Nos ha expuesto por parte de

Nuestra muy amada en Cristo Hija Isabel, Reina Católica de las Españas, que el Papa Pio VII, Nuestro predecesor de feliz recordacion, en atencion á la escaséz de manjares cuadragésimales concedió á los habitantes de todos los reinos, provincias, islas y territorios que se hallan en los dominios de la misma Católica Reina el indulto de que pudiesen y tuviesen facultad de comer libre y lícitamente solo por cierto tiempo que entónces se expresó, y exceptuando ciertos dias, carnes, huevos y lacticinios en la Cuaresma y demás tiempos y dias del año, en que está prohibido el uso de carnes, huevos y lacticinios; permaneciendo esto no obstante en su vigor la ley del ayuno, y las demás condiciones que se impusieron, segun se contiene más por extenso en las Letras del susodicho Nuestro predecesor, expedidas en forma de Breve el dia diez y nueve de Setiembre del año de mil ochocientos. El cual indulto, segun se Nos ha expuesto, fué prorrogado por cierto tiempo no solo por el mismo nuestro predecesor Pio VII, sino tambien por Leon XII, así mismo Nuestro predecesor, por Letras semejantes en forma de Breve, y luego por decretos especiales de la Congregacion de nuestros venerables hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, encargada de los negocios eclesiásticos extraordinarios, se prorrogó, no solo por nuestro antecesor Gregorio XVI para uno ó dos años, sino tambien por Nos mismo, primero para dos años, luego para ocho, últimamente para otros ocho años por Nuestras Letras semejantes dadas en forma de Breve el dia 13 del mes de Agosto de 1858. Más habiendo de concluirse la gracia de este indulto el año de 1868, la misma Reina Católica ha hecho que se Nos exponga que aún no ha cesado, ni puede esperarse que cese aquella escaséz de manjares cuadragésimales que más de una vez movió á Nuestros predecesores á conceder el indulto que hemos dicho: además de que han sido tan lamentables las calamidades de los últimos tiempos, que seria ahora muy molesto y perjudicial ciertamente á la España, por la grandísima escaséz de numerario, proveerse de paises extranjeros, de manjares cuadragésimales. Por lo cual se Nos ha suplicado en nombre de la misma Nuestra muy amada Hija en Cristo Isabel, Reina Católica de las Españas, que con benignidad Apostólica Nos dignásemos confirmar y prorrogar como abajo se dirá, aún desde ahora, el referido indulto por otro espacio de tiempo, que se ha de contar desde el dia que ha de cesar la última concesion, á fin de que la noticia de esta Nuestra

Concesion pueda enviarse á los países más remotos de América y Asia sujetos á su autoridad, y llegar cómodamente á todas las iglesias episcopales de los mismos países antes de que se concluya el término del indulto anterior. Nos, pues, en atencion á lo expuesto, y queriendo hacer especiales favores y gracias á la Católica Reina Isabel y á sus súbditos, y absolviendo y declarando absueltas, sólo para este efecto, á cada una de las personas á quienes favorecen estas Nuestras presentes Letras, de cualesquiera censuras, sentencias y penas de excomunion, y entredicho y demás eclesiásticas, fulminadas de cualquier modo ó por cualquier causa, si acaso hubieren incurrido en algunas, con Nuestra Autoridad Apostólica, por el tenor de las presentes extendemos y prorogamos de nuevo por otros diez años, que se han de contar desde el fin de la concesion última, el referido indulto para comer carnes saludables, huevos y lacticinios, segun arriba se concedió y prorogó de tiempo en tiempo por un término limitado. Más es Nuestra voluntad que se observe enteramente lo que Benedicto XIV, Nuestro predecesor de feliz recordacion, mandó en la Constitucion dada el dia diez de Junio del año de mil setecientos cuarenta y cuatro acerca de una sola comida al dia, y de no mezclar en la mesa carne y pescado: como tambien que se guarden todas las demás excepciones, ya sean en cuanto á los Regulares que habiéndose obligado por voto especial deben abstenerse de carnes todo el año, ya en cuanto á ciertos dias determinados, á los que de ningun modo se extiende la misma concesion, como además todas las otras condiciones que más por extenso se hallan contenidas en las precedentes Letras Apostólicas expedidas sobre esto en igual forma de Breve por Pio VII, Nuestro predecesor de feliz recordacion, y particularmente en las que fueron dadas el dia siete de Agosto del año mil ochocientos uno, al tenor de todas las cuales queremos que se tenga por expresado. A las cuales excepciones añadimos además lo que la misma Reina Católica nos ha pedido segun su religion y piedad, á saber: que todos los individuos del Clero, tanto Seculares como Regulares, estén obligados á guardar enteramente el precepto de la abstinencia, no solamente aquellos dias que se exceptúan en las concesiones precedentes dadas en favor de los fieles cristianos residentes en todos los países é islas sujetas á la Reina de las Españas, sino tambien toda la Semana Mayor, excepto el domingo de Ramos, á saber: el lunes y martes tambien,

en los que se concede á los demás el uso de carnes. Y para la ejecucion del presente indulto elegimos y nombramos con la misma autoridad al actual comisario de la Bula de la Cruzada y al que por tiempo fuere nombrado con autoridad apostólica en los reinos de las Españas. Sin que obsten las Constituciones ni Ordenaciones apostólicas, ni las generales ó especiales hechas en los Concilios universales, provinciales y sinodales, ni cualesquiera otras cosas en contrario.

Al fin del documento precedente publica la *Gaceta* estas líneas:

«Hay un sello del ministerio de Gracia y Justicia.—Negocios eclesiásticos.—Negociado primero.—La Reina doña Isabel II, oido el Consejo de Estado en pleno, y conformándose con su dictámen, se ha servido conceder el pase en la forma ordinaria, y *sin perjuicio de las regalías de la Corona*, á este breve expedido por Su Santidad, prorogando por diez años el indulto sobre el uso de carnes y lacticinios.—Zaráuz, 31 de Agosto de 1866.—*Lorenzo Arrazola.*»

#### DISCURSO DE SU SANTIDAD.

He aquí el discurso pronunciado por el Papa con motivo de la declaracion auténtica de dos milagros hechos por el Beato Paulo, fundador de la órden de los pasionistas.

«La Religion católica no es infecunda ni estéril, como lo son todas las sectas. Las sectas, obra de la malicia humana, solo pueden producir el mal. La Religion católica, por el contrario, es la obra de Dios, y las obras de Dios producen frutos de vida eterna.

Uno entre estos frutos, Paulo de la Cruz, acaba de ser recogido en el jardin de la Iglesia. Vosotros conocéis el bien que hizo á los pueblos con la santidad de su vida y el fervor de su celo apostólico. Sabeis

de qué manera, no contento con esto, fundó una nueva Orden religiosa, que se consagró á la asistencia del prógimo, la estirpacion de los vicios y la propagacion de la virtud: vocacion eminente, santa y útil á la Iglesia y á la sociedad. Y si las Ordenes religiosas son tan útiles á la Iglesia y á la sociedad, ¿por qué se habla tanto contra ellas y hay tanto empeño en destruir las? ¡ Ah ! Seria muy largo el señalar todos los motivos de este encarnizamiento; yo me limitaré á es- poner tres solamente.

En primer lugar, nuestro siglo tiene la impiedad (*y esta impiedad se ha formulado en mis propios oidos*) de querer que los gobiernos se sostengan con leyes ateas. Este principio, una vez admitido, naturalmente produce, cual lógicas consecuencias, la indiferencia en materias de Religion, y la satisfaccion de todas las malas pasiones. Los impíos se ensañan contra las Ordenes religiosas y contra todos los ministros de la Iglesia, porque tanto unas como otros predicán sin cesar una ley enteramente opuesta. ¿No es, pues, extraño que haya enemistad irreconciliable entre los hijos de la ley atea y los hijos de la ley de Jesu- cristo?

En segundo lugar, los impíos no viven en paz, ni entre sí, ni con otros, ni aun con Dios, en tanto que los religiosos, no solo poseen la paz, sino que la llevan por todas partes, devolviendo la tranquilidad á las conciencias, calmando los espíritus irritados y reconcilian- do á los enemigos. Así los impíos, no pudiendo sufrir en los demás un bien que ellos no poseen, odian y per- siguen á los pacíficos, segun la prediccion del Señor.

En fin, mientras que los impíos oprimen á los pue- blos, los despojan de sus bienes y los reducen á la mi-



seria, los religiosos y los sacerdotes distribuyen á las naciones el elemento espiritual por medio de la predicacion, de los Sacramentos y del buen ejemplo; y aun el elemento material, por medio de sus limosnas incessantes y su asistencia caritativa. ¿Y cómo han de sufrir los falsos amigos á los verdaderos amigos del pueblo?

La persecucion es grande; pero que sea tambien grande vuestra constancia para contrarestar los esfuerzos de los impíos. Tal es vuestra mision. Orad para que Dios perdone á nuestros perseguidores y los convierta. Mostrad vosotros en presencia de todos lo que profesais ser, con el fin de que vuestro ejemplo confunda y humille á los impíos.»

#### CIRCULAR DEL SEÑOR OBISPO DE JAEN.

En nuestra *Pastoral*, dada el dia de la festividad de los Dolores de la Virgen Santísima á los 23 de Marzo último, tratamos de la materia de la guarda y santificacion de las fiestas bajo el aspecto religioso y moral, recordándoos cuán obligatoria es la observancia de lo que Dios manda y ordena la santa Iglesia acerca de este asunto.

Hoy nos ha parecido conveniente dar á conocer á los señores arciprestes, á los párrocos, ó encargados de las feligresías, el espíritu y letra de nuestra legislacion acerca del mismo objeto, para que, apoyados en tales prescripciones, puedan impartir, caso necesario, el auxilio de la potestad temporal en obsequio del honor y gloria que todos debemos al Señor, en muestra de veneracion á los mandamientos de la Igle-

sia y en testimonio de respeto á las leyes pátrias.

Es un pueblo civilizado cuando tiene costumbres, y no hay costumbres sin religion: es bárbaro si para él no hay reglas, ni preceptos, mandamientos divinos, eclesiásticos y humanos. Y como no se concibe ciudadano sin sumision á las leyes del país, tampoco puede ser tenido por hombre culto quien desconoce el ordenamiento con que se rigen y gobiernan los asociados.

Sí, andan los pueblos desarreglados sin poder ser cultos, cuando no reciben instruccion cristiana ni tienen honesto solaz en la guarda de las fiestas. Es necesario atento oido á la voz del Pastor, á su doctrina, á su correccion y consejo, á fin de que todas y cada una de las concupiscencias no infiltren su virus corrosivo en la vida del espíritu y en el cuerpo social. Contiénnense una en otra la idea del buen ciudadano y del buen cristiano: por manera que apartando al hombre del templo, del altar y de la mirada del cura, se le deja en manos de toda seduccion obrada en el propio espíritu por el olvido de la ley de Dios, ó venida de fuera con el séquito de malos ejemplos y de escitaciones peligrosas. Todo esto es pecado que engendra muerte. Por eso pedimos á nombre de Dios, y á nombre y bajo la proteccion de las leyes pátrias, que se observen las fiestas al tenor de ambos mandamientos. Ved ya cuál es la voluntad del legislador humano en orden á la guarda y santificacion de las fiestas.

*Leemos en las Siete Partidas, Partida I, titulo XXIV, lo que sigue:*

*«Ley j. que quiere dezir fiestas; y quantas maneras son della.*

Fiesta tanto quiero dezir como día onrrado en que los christianos deven oyr las oras y facer y d'zir cosas que sean alabanza y servicio d'Dios y á onrra d'l santo en cuyo nome la fazen; y tal fiesta como esta es aquella que manda el apostólico fazer á cada Obispo en su obispado con ayuntamiento del pueblo á onrra de algun santo que sea otorgado por la eglía d'Roma. E son tres maneras d'fiestas. La primera es aquella que manda santa eglía guardar á onrra de Dios y d'los Santos: así como los domingos y las fiestas d'nuestro Señor Jesucristo y de Santa María y de los Apóstoles: y de los otros Santos y Santas. La segunda es aquella que mandan guardar los Emperadores y los Reyes por onrra de sí mismos: así como los dias en que nascen ellos ó sus fijos los q' d'ven regnar. E aquellos que son bien andantes ayiendo grand batalla con los enemigos d'la fé y venciendo los: y los otros dias que mandan guardar por onrra d'ellos: de que fabla en el tí. de los emplazamientos. La tercera manera es aquella que es llamada ferias que son provecho comunal de los omes: assi como aquellos dias en que cogen sus fructos: segund dize en el tí. sobredicho d'los emplazamientos.

*Ley. ij. Como deven guardar las fiestas.*

Guardadas d'ven ser todas las fiestas de que fabla en la ley ante d'sta: y mayormente los dias de los Santos spañoles: ca los deven todos los chistianos guardar: segund manda seta eglía y de mas d'este non debe ningun judgador judgar ni emplazar en ellas: nin otro si los otros omes labrar en ellas: mas deben se trabajar d' yr apuestamente y con gran omildad á la eglía: cuya fiesta guardan si la oviere yn: y si non á las otras y oyr las oras con grand devocion: y desque salieren de las eglías deven facer y d'zir cosas que sean á servicio de Dios y de

sus almas: y qualquier que por su d'sprecio de Dios y de los setos non quisiere guardar las fiestas: assi como sobredicho es deven los amonestar sobre ellos los plados y d'sque los ovieren amonestado pueden los porende d'scomulgar fasta que fagan emienda á su eglía d'l yerro que fizieren. E la segunda manera d' las fiestas q' deven guardar por onrra d' los Emperadores y d' los Reyes. E la iij. manera d' las fiestas á que llaman fériás que deven guardar por procomunial d' los omes muestra se en el ti. d' los emplazamientos como deben ser guardadas.

*Adicion.*

El Rey don Juan primero en las cortes de Briviesca mando que todos los d' sus regnos de qualquier ley y estado que sea que en el dia de Domingo non labren ni fagan labores algunas ni tengan tiendas abiertas. E los judíos y los moros que no labren en público lugar donde se pueda ver y oír que labran: y qualquier que lo quebrantare que pague XXX mrs: los X mrs. para el que lo acusare, y los X pa la eglía, y los X pa la cámara del Rey; y ningun concejo ni official non de licencia á ninguno que labore en el dicho dia del domingo: so pena de seys cientos mrs.: lo qual contiene en el lib. j. tit. j. l. v. de los ordenamientos.

*Novísima recopilacion.—Libro I, Titulo I.—Ley VII.—Prohibicion de labores algunas, y de tiendas abiertas en el dia domingo.*

Mandamiento es de Dios que el dia santo del domingo sea santificado; por ende mandamos á todos los de nuestros reynos de qualquier estado, ley ó condicion que sean, que en el dia domingo no labren, ni hagan labores algunas, ni tenga tienda abiertas; y los judíos y mor-

ros, que no labren en público, ni en lugar en donde se pueda ver ú oír que labran: é cualquier que lo quebrantase, que pague trescientos maravedís, los ciento para el que lo acusare, y los ciento para la Iglesia, y los ciento para nuestra Cámara: é defendemos, que ningun concejo ni oficial no de licencia á ninguno, que labre en el dia del domingo, so pena de seiscientos maravedís (ley 4. tit. I, lib. I, R.)

*Ley VIII.—Prohibicion de trabajar públicamente en los dias de fiesta no dispensados.*

Las Chancillerías, Audiencias y Justicias del reyno no disimularán trabajar en público los dias de fiesta, en que no está dispensado poderlo hacer, oído el santo sacrificio de la Misa; y en el caso de que al tiempo de la recoleccion de frutos, por el temporal ú otros accidentes, hubiere necesidad de emplearse en ella algun dia festivo de dicha clase, pedirán la correspondiente licencia al Párroco á nombre del vecindario, sin que necesite pedirla cada vecino; cuya concesion deberán hacer los Párrocos con justa causa graciosamente, sin pensionarla con título de limosna ni otro alguno.

CONCORDATO.

Art. 3.º Tampoco se pondrá impedimento alguno á dichos Prelados ni á los demás sagrados ministros en el ejercicio de sus funciones, ni los molestará nadie bajo ningun pretexto en quanto se refiera al cumplimiento de los deberes de su cargo; antes bien cuidarán todas las autoridades del reyno de guardarles y de que se les guarde el respeto y consideracion debidos, segun los divinos preceptos, y de que no se haga cosa alguna que pueda causarles desdoro ó menosprecio. S. M. y su Real Go-

bierno dispensarán así mismo su poderoso patrocinio y apoyo á los obispos en los casos que le pidan, principalmente cuando hayan de oponerse á la malignidad de los hombres que intenten pervertir los ánimos de los fieles y corromper sus costumbres, ó cuando hubiere de impedirse la publicacion, introduccion ó circulacion de libros malos y nocivos.

CÓDIGO PENAL.

*Libro segundo.—Delitos y sus penas.—Titulo I.—Delitos contra la Religion.—Artículo 130.—Serán castigados con las penas de prision correccional.*

1.º El que inculcare públicamente la inobservancia de los preceptos religiosos.

2.º El que con igual publicidad se mofare de alguno de los Misterios ó Sacramentos de la Iglesia, ó de otra manera escitare á su desprecio.

3.º El que habiendo propalado doctrinas ó máximas contrarias al dogma católico, persistiere en publicarlas despues de haber sido condenadas por la autoridad eclesiástica.

El reincidente en estos delitos será castigado con el estrañamiento temporal.

En virtud de lo que llevais entendido, y siendo la Religion el fundamento de toda sociedad posible, los códigos, muy especialmente los españoles, descansan naturalmente y sábiamente en aquella divina institucion que es ley eterna, regla invariable y sancion permanente de toda ley pátria, á un tiempo que ley del Estado. Por cuya razon, ordenando la voluntad divina y mandando la Iglesia lo que deben hacer los católicos, vienen cuando son llamados en auxilio suyo las potestades humanas para

dar amparo y proteccion á su Madre, ó desatendida, ó despreciada y desvalida en algun caso. Y como los reyes, los príncipes y sus ministros hacen el oficio de *Obispo exterior*, y no llevan en vano la espada, tienen el deber sagrado de ofrecerla en defensa de la Iglesia, imponiendo al infractor de la ley aquellas penas que merece segun su delito. De aquí nace el órden, la regularidad, el respeto, la majestad que inspiran las cosas santas, veneradas por los poderosos, y la idea de sumision con que los pueblos acatan los mandamientos de sus gobernantes.

No entendieron de otra manera los célebres historiadores, los buenos repúblicos, las autoridades paternas y los hombres sensatos la manera de civilizar á los pueblos, mostrando en vivos ejemplos tomados de las cosas pasadas y de las generaciones presentes, de cómo sin religion, sin observancia de las leyes y sin aquella santa reverencia que merece la autoridad, todo es anarquía, ruina y envilecimiento para las naciones.

Exhortando vosotros, amadísimos cooperadores, continuamente sobre la guardia y santificacion de las fiestas; repartiendo abundante doctrina acerca de la observancia de la ley de Dios, y de los mandamientos de la iglesia; predicando respeto y sumision á la potestad temporal, estad siempre dispuestos á impartir su auxilio en honra y gloria de Dios, para honra y gloria de todo buen patricio, cumplidor de las leyes, y en testimonio de que comprendéis la dignidad de cristianos y lo alto de vuestro destino.

De nuestro palacio episcopal de Jaen á los 14 dias de Setiembre, festividad de la Exaltacion de la Santa Cruz, año 1866.—ANTOLIN, *Obispo de Jaen*.—Por mandato de S. E. I. el Obispo mi señor, *Aureo Carrasco*, chantre secretario.

---

## VARIEDADES.

---

**Discurso pronunciado por el M. R. P. Fr. Francisco Rivas, del Sagrado Orden de Predicadores, rector y cancelario de la Real y pontificia Universidad de Santo Tomás de Manila, con motivo de la solemne apertura del curso de 1866 á 1867.**

Señores: Al tener que dirigiros la palabra en este momento solemne, no sabré ocultaros cierta especie de embarazo en que me encuentro. Porque si la costumbre y los reglamentos han consagrado las oraciones inaugurales de los establecimientos científicos; por más que su práctica sea general, no es menos cierto que en el santuario de las ciencias se halla hoy empeñada una guerra intestina, la misma contrariedad de sistemas, de métodos y opiniones; en fin, la misma lucha que se encuentra por desgracia en todo lo demás que forma el patrimonio del humano linaje, y cae bajo su dominio.

La pasmosa fecundidad de la prensa, merced á la gran facilidad que reina por doquiera para lanzar al público, desde la verdad mas inconcusa hasta el ridículo mas repugnante, ha dado por resultado que, así como no hay ciencia que no se haya manifestado con toda la perspicuidad y galanura con que puede presentarla la pluma del hombre, así tampoco hay error imagi-



nable que contra ello no se haya opuesto, siquiera haya sido necesario recurrir al absurdo. De aquí la dificultad de hablar sobre este asunto, sin emplear algunas veces un lenguaje desconocido para muchos que se creen con derecho á los fueros que dá la verdadera ciencia á los que la cultivan. Y sin embargo, en vuestra presencia es hoy necesidad mia hablaros de las ciencias. Por tanto, para proceder con método, se hace ante todo necesario fijar el significado genuino de esta palabra.

Ciencia, en su simplicísima y última expresion, no es otra cosa que el conocimiento adquirido por demostracion, ó en otros términos, el conocimiento cierto y evidente de las cosas por sus causas. Y en tal modo, siendo las ciencias conocimientos de verdades derivadas de la verdad de las cosas mismas, que á su vez se dicen verdaderas, en cuanto son conformes á las ideas que de las mismas existen en la mente divina (1); síguese rigurosamente que las ciencias, en resultado final, son una participacion, un destello en cierto modo de la Divinidad, puesto que Dios no conoce las cosas por ideas que no sean su misma esencia (2). ¡Tanto ennoblece la ciencia al hombre! Tanto, señores, que siendo las ciencias cualidades que perfeccionan la parte intelectual que distingue al hombre del bruto, cuanto el humano entendimiento se halle enriquecido con mayor abundancia de ellas, tanto será el hombre mas sábio, y si me permitís un barbarisme gráfico, tanto será mas hombre.

Sí, señores; la ciencia no solo perfecciona al hombre; no solo le enaltece, sino que pone á mas fácil alcance suyo la felicidad que se puede gozar en este mundo, y le dispone admirablemente para la felicidad eterna.

Atended, y ante todo notad bien, que yo no pretendo establecer un monopolio ridículo de la felicidad en favor de un número, relativamente corto, de cabezas privilegiadas. No por cierto: el hombre dotado de razon puede, en cualquiera condicion en que se halle, por humilde que ella sea, gozar de esa felicidad, y si lo cree de otro modo, á él se dirigen aquellas célebres palabras:

Strenua nos exercet inertia: navibus atque  
 Quadrigis petimus bene vivere. Quod petis, hic est;  
 Est Ulubris, animus si te non deficit æquus (3).

(1) D. Thom. 1 part. quæst. 16, art. 1.

(2) Id. ibid. quæst. 15, art. 2.

(3) Horat. Epist. XI, lib. I.

Porque, en efecto, señores, en tiempo de Horacio, como siempre, tan feliz podia ser el habitante del miserable pueblo de Ulubras como el de las primeras ciudades del mundo, lo mismo en las clases mas ínfimas, que en los puestos mas elevados. No, la felicidad no está léjos de nosotros, la tenemos á la mano: la dificultad está en conocerla, y saber emplear los medios de conseguirla. Esto es precisamente lo que alcanzan muy pocos. Por eso en todos tiempos, y hoy quizá mas que nunca, las sociedades humanas no han presentado otro espectáculo que el de inmensas reuniones de seres desgraciados, que se agitan sin cesar, corriendo en pos de sombras fantásticas, que cada cual respectivamente toma por su felicidad; pero de manera que, cuando llega á abrazarse con el objeto de sus ansias, solo abraza el vacío; semejante al fatigado viajero que á la vista de las hermosas manzanas que produce el suelo que ocupó en otro tiempo una ciudad maldita, echa mano de ellas para mitigar la ardorosa sed del desierto, y halla que solo contienen un puñado de ceniza. (1) No, los honores, el poder, las riquezas, los placeres sensuales son muy poca cosa; mejor dicho, no son nada que se parezca á la felicidad para la que ha nacido el hombre. Aquellos son una gota que enardece mas la sed; el corazon de este es un abismo.

De ahí es que solo un bien infinito puede ser el término adecuado del humano corazon. No, no es su felicidad la materia, ni ha consistido jamás en sensaciones materiales. Su felicidad, su dicha, su último fin es Dios; y este no se consigue atravesando los mares, ni escalando los tronos, ni dominando los pueblos, ni llenando cofres de oro, ni dando rienda tendida á los apetitos de la carne, por mas que hoy todo conspire á hacer su apoteosis; es decir, la de goces culpables presentados bajo formas distintas, que en último resultado viene á ser un mismo néctar propinado en diversas copas en cuyo fondo está la muerte. La felicidad, tal cual la puede alcanzar el hombre en este valle de lágrimas, en este lugar de dolor, consiste en el perfeccionamiento de aquellas dos potencias que le distinguen del bruto. Consiste en que su entendimiento tenga ideas rectas

---

(1) Chateaubr. Itin. de Paris á Jerus., part. 3.

de Dios, y su voluntad le esté unida con el lazo de una conformidad sumisa, dirigiendo á él la corriente de sus afectos, de aquel modo que entiende le es mas grato. Ya veis que, como he dicho antes, esto está al alcance de todos; si bien la ciencia ofrece inmensas ventajas para conseguir este objeto, y dispone en gran manera, para el logro de la felicidad perdurable, de la dicha que no tiene fin.

Así es, señores; la ciencia tomada en su mas amplia acepcion pone á disposicion del hombre y sujeta á su exámen todas las cosas, lo visible y lo invisible, lo criado y hasta el mismo Criador. Porque con ella y el apoyo de la fé se eleva hasta el trono de la Divinidad contempla con reverente mirada aquella luz inaccesible, é investiga, con rendido acatamiento, de qué modo un ser simplicísimo y purísimo, permaneciendo siempre inmutable, es principio sin principio de todas las cosas mudables, y fin que no tiene fin de todos los séres finitos.

Y no solo el sábio apoyado en la revelacion lleva sus investigaciones á cuanto existe y le rodea, sino que se remonta á lo pasado, hasta el principio de los tiempos, hasta los dias de la creacion. Él contempla al hombre saliendo de las manos del Hacedor adornado con la justicia original, discurre sobre la suerte futura del género humano en la hipótesis de que no hubiera pecado el primer hombre, vé á éste arrojado del paraíso y sujeto á mil miserias; y finalmente acompaña á su descendencia, cuando multiplicada despues del diluvio se dispersa sobre la tierra, y hace con ella un viaje de instruccion por todos los climas y á través de los siglos, desde la fundacion de los primeros imperios, desde que se zanzan los cimientos de Sidon y Babilonia, hasta sus dias. Observa la formacion de pueblos famosos, de poderosas repúblicas: examina sus ciencias, sus artes, su política, su religion, su comercio, sus monumentos, sus hombres de Estado, y sus guerreros. Calcula la pujanza de sus pueblos, mide su duracion, y presencia su ruina. Vé tronos que se levantan, y tronos que se desploman, sacando de todo provechosas lecciones é interesantes documentos. Y cuando la vista de tanta grandeza unida á miseria tanta, como presenta siempre y por do quiera la historia de la humanidad, empieza á causarle disgusto, acógese á regiones de serenidad y de calma, donde su espíritu se alimenta de conceptos sublimes, y reposa en dulcísima contemplacion. La rigurosa exactitud de las matemáticas,

la ineluctable severidad de la dialéctica, las amenas regiones de la física, las saludables lecciones de la ética, y las elevadas abstracciones de la metafísica, se presentan á su mente, formando como un templo misteriosamente variado, en cuyo centro vive rodeado de delicias inefables, y experimenta inexplicable fruición, solo conocida del que penetra en los arcanos de las ciencias.

Allí como en un inmenso museo goza de la intuición de maravillosas verdades y misteriosas relaciones, con cuya contemplación se enaltece, se eleva, y en cierto modo se multiplica. Por manera que, cuando de aquellas regiones de luz, de aquel mundo de abstracciones sale al de la realidad, ¿quién es capaz de numerar sus conquistas? ¿Ni quién ha podido jamás recapitular sus empresas? Él ha recorrido los mares y medido sus abismos, ha descompuesto el aire y calculado su fuerza, ha examinado el fuego y apoderádose del rayo. Él finalmente ha llevado su análisis á cuanto ha estado á su alcance; de modo que al fijar la atención en ese inmenso inventario de riquezas naturales por Buffon, Linneo, Tournefort y por último Humboldt en nuestros días, uno se siente sobrecogido de asombro, sin poder dejar de elevarse hasta el origen de tantas maravillas, y pegada la frente al polvo adorar su omnipotencia y bendecir su bondad. Sí, señores; cada paso en esta senda ha sido una conquista, cada conquista una sorpresa. Pasad revista desde el alto cedro del Líbano hasta el humilde hisopo que crece en la hendidura de la peña, y vereis ¡cuánta variedad en sus clases, en los tintes de sus flores, en el gusto de sus frutos! Y la tierra, en sus entrañas, ¿qué riquezas no ha mostrado al hombre? ¿cuántos tesoros minerales no ha ofrecido á su exámen?

Y si todas estas cosas son otros tantos incentivos que le elevan hasta el Autor que las ha criado; y le mueven á adorar su providencia; ¿qué ideas no siente el sábio, cuando examina el mundo animal, del que él mismo forma parte? Voltaire solia decir, en ratos de confidencia, que el ateísmo habia muerto con la invención del telescopio. Pues bien, señores, con igual razon hubiera podido afirmar lo mismo, fijando la vista en la creación animada. Desde el colosal elefante que vejeta en los bosques seculares de Siam y Cochinchina, hasta el imperceptible minador que se oculta en la fibra de la tierna hoja del árbol; desde la enorme ballena de los mares de Groenlandia, hasta el molusco

que muere pegado á las rocas de nuestras playas; desde el águila altanera que hiende el espacio y se cierne sobre las nubes, hasta el pájaro-mosca que revolotea entre el ramaje de nuestras selvas; ¡cuánta multitud de tipos! ¡qué diversidad de hábitos!

Y cuando desde la tierra que pisa vuelve su vista á lo alto, ¿á quien no asombran las empresas realizadas por el hombre con el auxilio de la ciencia? ¡Ah señores! sus triunfos en este género parecen de todo punto imposibles, y sin embargo son una pasmosa realidad. Porque ora se le vé lanzarse al espacio, y como Copérnico desbarata los cielos de Hiparco y Ptolomeo, y confiere al sol honores de soberano, fijando su trono en el centro, en torno del cual hace girar el mundo; ora como Kepler se reconcentra en sí mismo, y sumido en profunda y solemne meditacion lleva el cálculo á límites fabulosos, sin dar tregua á sus esfuerzos, hasta arrancar á los planetas de las sendas que les marcara Tico, y lanzarlos por derroteros que nunca fueron conocidos (1); ora como Heralio, infatigable centinela de la noche, espía en silencio las inconstancias de la luna, marca sus contornos fugaces, y con ojo avizor y penetrante mirada examina sus valles, mide sus montes, y señala las distancias de lo que pudieran ser sus mares. Y si alguna vez los cielos no ofrecen al astrónomo nuevas pléyadas de astros, ni mas horizontes que dominar, dilátase el firmamento, y aparecen nuevas regiones ante el disco del telescopio de Galileo y Huggens, que legan á Herschel y Cassini el cuidado de poblarlas (2).

---

(1) Apenas puede concebirse que un genio tan inventivo y sublime como Kepler haya podido soportar el inmenso trabajo de cálculo que suponen sus Tablas rudolfinas. Difícilmente podrá encontrarse otro astrónomo que en todas sus empresas haya llevado la perseverancia en esta materia tan léjos. Aduciremos una sola muestra. Una parte de los cálculos que hizo buscando la excentricidad del planeta Marte ocupa diez páginas en fóllo del volúmen que publicó sobre este punto. (Página 93). Pues bien, él mismo nos dice que repitió estos cálculos mas de setenta veces, empleando cinco años enteros en establecer la teoría de Marte solamente.

(2) Los telescopios de Herschel y Cassini fueron muy superiores á los del tiempo de Galileo. Herschel y Cassini tuvieron cada uno un hijo, que siguieron las profesiones de sus padres. Herschel (hijo), hablando de los dos satélites interiores de Saturno, que asoman por el canto del anillo y se mueven en su plano, dice (cap. 9) que su pa-

Si, señores; de tales empresas ha hecho la ciencia capaz al hombre, ¡tanto le ha enaltecido, tanto le ha elevado! Y este hombre, cuyo destino final está por cima de esos fenómenos que observa, de esos seres que examina, y de esos cielos que explora; ¿creeis que no cuenta con mas medios que el resto de los mortales para alcanzar la felicidad, que puede obtenerse en esta vida, y la que le está reservada para mas allá de la tumba? Y sin necesidad de alejarnos de este mundo material; ¿creeis que el naturalista, á cuya vista se presentan á cada paso los fenómenos mas sorprendentes, no siente en su corazon repetidos y misteriosos toques, que le impelen y le excitan á elevarse sobre la materia hasta el principio creador? ¿Creeis que el hombre de la ciencia de curar, que bajo el filo de su escapelo va leyendo por todas partes en la diseccion de un cadáver testimonios los mas auténticos, pruebas las mas luminosas de la infinita sabiduría y paternal providencia del Autor de tan prodigioso organismo; si quisiere, no diré ser materialista, pero ni aun intentar, no habrá de experimentar una lucha continua, porfiada, inconcebible, entre su corazon y su cabeza? ¿Creeis que el astrónomo, el hombre eminentemente observador (1), al empuñar su telescopio en una noche serena, y examinar esa region de maravillas, no siente alzarse su espíritu hasta el autor que las crió, concibiendo ideas las mas grandes de su poder y su bondad?

---

dre logró observarlos en 1789 con un telescopio de mas de 50 pulgadas de abertura. Efectivamente, el Repertorio de historia, bellas letras, y artes, publicado en Lóndres en 1836, determina el diámetro de la superficie cóncava del espejo del telescopio de Herschel en 62 pulgadas, y la longitud total del instrumento en 44 piés.

(1) Hace largos años que la atencion de los astrónomos se halla interesada en la observacion de un movimiento celeste curioso y sorprende en extremo. Esta es la disminucion de oblicuidad de la eclíptica. La determinacion de este fenómeno demuestra hasta qué punto ha llevado el astrónomo la exquisita delicadeza de sus observaciones. Hoy día es cosa asentada que la disminucion de oblicuidad de la eclíptica es de cerca de 1' cada cien años, segun LaLande (t. 1, lib. 1), ó de 48" segun Herschel (cap. 11); de modo que, segun el primero, dos mil años antes de él, la oblicuidad de la eclíptica era de cerca de 24 grados; y en su tiempo solo tenia 23° 28' 11". Este año de 1866 es de 23° 27' 24" 638 con una variacion diaria de 0,1375.

¡Ah, señores! aun fue ayer, el día 8 de julio de 1860, cuando tuvo lugar en el mundo un suceso que, sin ser insólito, no puede dejar de considerarse como maravilloso y sorprendente. En ese día y á una misma hora millones de personas en el nuevo como en el viejo mundo se hallaban preocupadas de una misma idea; millones de personas dirigian su vista á lo alto, mientras otras la abatian para marcar los segundos del tiempo sobre las esferas de sus relojes. Ya comprenderéis que os hablo del eclipse total del sol que tuvo lugar entonces. Pues bien, uno de los países mas favorecidos para observar las peripecias del fenómeno fue nuestra España. Sábios de toda Europa se dirigian y dispersaban por sus provincias, y una colonia de ellos, dividida en dos secciones, tomaba posesion en ese día del *Desierto de las Palmas*, convirtiendo aquel sitio solitario en un vasto observatorio.

En una parte veíanse colocados con todo cuidado y precision, segun lo requería el caso, refractores de Fraunhofer oculares de Merz, micrómetros de posicion, instrumentos, de pasos, ecuatoriales de Cauchoix y otros varios instrumentos mientras en la otra, es decir, en la punta mas elevada del desierto, se notaban colocados del mismo modo anteojos de Lerebours, ecuatoriales de Steinhil, registradores eléctricos de Morsse, termomultiplicadores de Melloni y declinómetros, que con otros objetos completaban el instrumental de aquel gigantesco é improvisado observatorio; elevado setecientos veinte y cinco metros sobre el nivel del mar (1). Bajo un cielo claro y alegre dirigianse las gentes de los pueblos inmediatos á la montaña en traje de fiesta y por cuadrillas; y ganada apenas la eminencia; tendíanse acá y allá para descansar y disfrutar de los manjares que llevaban preparados, antes que llegase el momento deseado. El gozo y la satisfaccion se veían retratados en los semblantes de todos en presencia del magnífico panorama que se desplegaba á su vista. Extendíase por un lado hasta Peña-Golosa á mas de veinte leguas de distancia, y por el otro aparecia cristalino el mar como un inmenso espejo; mientras por

(1) De las muchas relaciones que del eclipse en cuestion se publicaron, en una del ilustre P. Angel Secchi de la Compañía de Jesús, que formó parte de la comitiva que se dirigió al Desierto de las Palmas, se estima la elevacion del pico indicado en 725 metros sobre el nivel del mar.

la parte opuesta se presentaban las agujas de Santa Agueda y el cabo de Oropesa, cerrando finalmente aquel cuadro grandioso la dilatada y fértil llanura del hermoso reino de Valencia. Para masas impacientes que esperaban con ansia el porvenir, poco interés ofrecia entonces Murviedro, que aparecia á cierta distancia con los recuerdos épicos de la inmortal Sagunto. No estaban por cierto los ánimos dispuestos para entregarse á las serias meditaciones del severo y heroico pasado de aquella ciudad famosa; el presente absorbia la atencion entera, y por lo mismo el bullicio y la algazara parecian haber tomado posesion de aquella altura. Bien pronto la solícita premura con que los astrónomos, consultando los relojes, acudieron á sus instrumentos, hizo conocer á aquellas gentes que iba á dar principio el imponente espectáculo.

Efectivamente, apreciado el primer contacto, y á medida que el gran luminar de los cielos iba perdiendo su luz, disminuia en proporcion el murmullo de las masas, cual el fragor de las olas que se estrellan sobre la playa se pierde para el navegante que va internándose en la mar. Una oscuridad melancólica fué sintiéndose en progresion; y breves momentos despues el rey de los astros habia perdido su gloria. Las tinieblas se extendieron sobre la tierra, y toda la naturaleza parecia hallarse enagonia. Allá á lo léjos rugia el trueno en las entrañas de la nube, como el último éstertor de la creacion moribunda. El cielo presentaba el aspecto siniestro y aterrador. Las estrellas cual antorchas funerales enviaban una luz incierta á la tierra, como si pretendieran acompañarla en su luto. La luna, visible por intervalos, estaba teñida de negro mate, y por una ilusion extraña parecia destacada del fondo del firmamento y pendiente en el espacio en actitud amenazante. ¡Momentos eran aquellos de imponente y sublime angustia! Entre tanto las turbas poco antes tan festivas, pasando de la curiosidad á la sorpresa, y de la sorpresa al asombro, parecian al fin como una coleccion de estátuas sin vida ni movimiento, colocadas de propósito en la cumbre de la montaña en ademán de terror. El silencio de los sepulcros habia sucedido al bullicio, oyéndose solamente en medio de la oscuridad los golpes acompasados del contador y del cronómetro. Los astrónomos mismos, á pesar de las severas leyes que se habian



impuesto para no dejarse dominar por las emociones del momento, no pudieron eximirse de sentir una fuerte impresion moral. Asi es que, á la vista del anonadamiento de la creacion entera, y en medio de un silencio de agonía y una calma que no tiene nombre; el acento de *Dios es grande*, resonó entre las sombras en el momento de mayor desmayo; y *Dios es grande* repitieron cien y cien voces en todos los tonos y á todas las distancias. Señores, aquel era el acento de la ciencia. Y ese acento que brota de los lábios del sábio en la cima del monte de San Miguel en el *Desierto de las Palmas*, brota del corazon de todo el que se dedica con resultado á las ciencias en cualquier tiempo y por doquiera.

(1) El astrónomo en su observatorio, el anatómico en el anfiteatro, el naturalista en su museo, como en el fondo de las selvas, sienten la grandeza y bondad de ese infinito número, que es *Quien es* segun el lenguaje bíblico. De tal suerte que, girando despues una mirada en torno, y comparando la caducidad y pequenez de cuanto le rodea con el incansable anhelo de felicidad que siente en su corazon, por un procedimiento sencillo conoce á golpe de vista el sábio, que únicamente Dios puede ser el término adecuado capaz de satisfacer sus ansias.

Jóvenes estudiosos, hoy, merced á los desvelos de la nacion benéfica bajo cuyo amparo os ha cabido en suerte vivir, se inaugura para vosotros una era adicional de ventura. Sobre las facultades universitarias existentes, el planteamiento de cuanto abraza la segunda enseñanza en los liceos de esta capital, abre ante vosotros diversas sendas, por donde, á la vez que podreis conseguir vuestro bienestar temporal encontrareis á cada paso lecciones luminosas de la grandeza de ese Dios que debe ser el objeto primordial y fin

---

(1) Se ha dicho que la exclamacion Dios es grande partió señaladamente del Sr. D. Antonio Aguilar, que cayó de rodillas en lo mas solemne del eclipse. Los datos que tenemos á la vista no particularizan ni descienden á este detalle. Sin embargo, ninguna dificultad ofrece la posibilidad de que así fuera; pues nada mas oportuno en semejantes momentos que las mencionadas palabras en los labios de un verdadero sábio, y por tanto en los del señor Director del Real Observatorio de Madrid, y Secretario perpétuo de la Real Academia de Ciencias.

principal de vuestros trabajos y tareas. Si dóciles á la sábia direccion de vuestros piadosos profesores correspondéis fielmente á su celo por vuestro bien, reservada os está una dicha futura sin fin; mientras acá en la tierra sereis la alegría de los que os manden, el amor de los que os obedezcan, el apoyo de vuestras familias, el honor de la pátria; mis delicias, mi gloria y mi corona. He dicho.

---

### LA COLONIZACION PROTESTANTE.

---

Los druidas del Indostan, dice el doctor Gilchris, bajo una apariencia de bondad y humildad ocultan la ferocidad del tigre. La siguiente relacion del último sacrificio de esta especie que extractamos del informe de sir W. C. Mallet, miembro de la compañía de la India, residente en Poona, es notable por los pormenores que contiene acerca de aquel suceso y de los que acurrieron á consecuencia del mismo; «Una jóven, llamada Poolesbay,, se casó con un hombre distinguido de Poona, que murió cinco años despues de su enlace. En cuanto se divulgó el fallecimiento del marido, la viuda, que rayaba en los diez y nueve años, vióse rodeada de bramines que la instaban á que siguiese la costumbre establecida, amenazándola, en caso contrario, con que seria infamada en este mundo y castigada eternamente en el otro. En vano su hermano, que la amaba entrañablemente, y que con el trato de los europeos habia adquirido ideas mas humanas; en vano, decimos, pugnaba por librarla de tan terrible suplicio. Sometida enteramente á la influencia de los bramines, y subyugada por los supersticiosos temores que preocupaban su espíritu, consin-

tió en entregarse á las llamas, diciendo: Mas vale arder por espacio de una hora que por toda la eternidad.

«Fijóse para el sacrificio el dia siguiente á las cinco de la tarde. A esta hora una comitiva inmensa compuesta de bramines, de la guardia del gobernador y de una considerable multitud, dirigióse á la casa de la viuda la que en breve salió acompañada de sus parientes. Era de mediana estatura, pero sus bellas formas y la noble espresion de su fisonomía le daban un aire de dignidad que realzaban aun mas la solemnidad de las circunstancias. Sus cabellos sueltos estaban adornados con flores, y sus ojos, elevados al cielo, parecian absortos en la contemplacion de la eternidad.

«Atravesó la ciudad arrojando á su paso multitud de hojas de goolod y de betel. Cuando llegó á la orilla del Mootah, rio que pasa cerca de la ciudad, hizo en él las últimas abluciones y se sentó en la ribera. Cubriéronla con un parasol para librarla de los rayos solares, mientras que una de sus compañeras la abanicaba con un pañuelo de seda. Estaba rodeada de sus parientes, de algunos amigos y de los principales bramines, á quienes distribuyó dos mil rupias y las preciosas joyas que la adornaban, conservando tan solo las mas usuales, es decir, un anillo pendiente de la nariz y un brazalete de oro en cada muñeca. Hecha esta distribucion, púsose en actitud de orar, con las manos juntas levantadas encima de la cabeza, en tanto que cerca de allí, á distancia de unas cien toesas, estaban preparando la hoguera que debía consumirla.

«El fúnebre aparato se componia de cuatro grandes maderos, de diez pies de alto, clavados en el suelo, de modo que formaban un cuadro de nueve pies de largo por seis de ancho; en la extremidad superior de los ma-

deros habia un techo de tablones, atado con cuerdas y cargado de gran cantidad de leña, y encima de todo habia otro monton de leña, alto de cuatro piés, cubierto con paja y ramas secas de un arbusto oloroso. De los cuatro lados del cuadro, tres se taparon con los mismos materiales, y el cuarto se dejó abierto para dar paso á la víctima.

«Terminados estos preparativos, Poolesbay se adelantó seguida de sus amigas, y á pocos pasos se detuvo, repitió los actos de devocion y se apartó un poco hácia un lado para dar paso al cadáver de su marido. Luego trajeron este de la orilla del rio, donde lo habian depositado, y lo pusieron sobre la pira con una gran cantidad de dulces, confituras secas y un talego de papel lleno de aserraduras de sándalo. Entonces la viuda dió tres vueltas alrededor de la hoguera, y colocándose sobre una piedra de forma cuadrada, que se empleaba siempre en semejantes casos, y en la cual estaba groseramente marcada la forma de los piés, se despidió por última vez de todas sus amigas, pasó cariñosamente la mano derecha por encima de la cabeza de las que mas amaba, y luego, inclinando el cuerpo, las abrazó tiernamente y se dirigió hácia la fatal hoguera. Al entrar paróse un momento como si el amor á la vida le hiciese vacilar, pero el fanatismo la arrastró. Subió con paso firme y seguro las gradas de la hoguera, tendióse junto al cuerpo de su marido, é inmediatamente ocultóse á la vista de los espectadores detrás de la paja que amontonaron para tapar la entrada, y á la que enseguida prendieron fuego.

»Al cabo de pocos instantes, la desventurada Poolesbay dió un terrible grito. Tan pronto como la al-

canzaron las llamas, el dolor hizo desaparecer el valor ficticio que hasta entonces la habia sostenido. Impelida por el sentimiento de conservacion que se despertó entonces con todas sus fuerzas, se abalanzó á la débil barrera, ya medio consumida, abrióse paso y corrió hácia el rio como á un refugio inaccesible al terrible elemento que parecia perseguirla; pero la desdichada no debia librarse de la muerte que le estaba reservada, y que habia aceptado voluntariamente. Los sacerdotes corrieron en pos de Poolesbay, y no tardaron en alcanzarla. Entonces se trabó una lucha horrorosa entre los bramines que pugnaban por arrastrarla á la hoguera, y ella que auxiliada por su hermano, oponia á sus esfuerzos una resistencia desesperada. La pobre víctima daba angustiosos gritos é imploraba el auxilio de la multitud, contenida por la guardia del gobernador: pero su voz fué ahogada por el ruido de los clarines, que á una señal dada, sonaron todos á la vez.

»Al fin, rendida por tantos esfuerzos, perdió el conocimiento; en cuyo estado se la condujo nuevamente á la hoguera. Entonces todos los espectadores de aquella trágica escena se reunieron para apresurar su conclusion: los unos cortaron á hachazos las cuerdas que sostenian el tablado superior; los otros llevaban á porfia goolord y ramas secas para alimentar la hoguera, mientras que millares de manos provistas de antorchas atizaban el fuego por todos lados. Entre tanto, el hermano de la víctima, separado á viva fuerza de aquel lugar, en medio de su desesperacion, proferia terribles amenazas de venganza contra los verdugos de su hermana.

---

Tenemos la mas insigne complacencia en publicar la circular, que á continuacion copiamos:

DON JOAQUIN AUÑON Y LEON ORBANEJA, GOBERNADOR  
DE ESTA PROVINCIA.

«Por sensible que sea dejar consignado en un documento que puede pasar sin quebranto á la posteridad, el abatimiento y decadencia moral de una parte del pueblo confiado á mis débiles fuerzas, mayor es la obligacion que tengo de hacerlo, á trueque de obtener la extincion de los males que me propongo corregir.

»Síntoma muy marcado de esa postracion, y señal fija de degradacion intelectual, es el eco aterrador de la blasfemia, que resuena todavía en nuestras calles y plazas, á favor sin duda de la impunidad con que cuenta, y como si la lengua que ha recibido el hombre para comunicarse con la eternidad y con el tiempo en todo lo que á su interés concierne, pudiera emplearse en insultar á Dios que la creó, y en hablar de la Virgen y de los Santos con igual desprecio que si se tratara de objetos baladíes é indiferentes.

»Inferior á este horrendo vicio, pero mucho más propagado y sostenido, y sobremanera distante del aseado lenguaje de nuestros padres, es ese tejido de palabras obscenas y de groseros equívocos que forman el vocabulario de cierta clase de gente, y que arguyen muy alto contra la civilizacion y cultura del pueblo en que se oyen.

»No por cierto los moradores de los claustros, ni las personas que viven fuera de ellos vida contemplativa, sino las que han cruzado los mares y alejándose de nosotros, y visitado paises extraños, y vuelto á su patria, y disfrutado de todos los placeres que la sociedad ofre-

ce, lamentan y deploran la tibieza y descuido con que se sufre este desenfreno, sin castigarlo siquiera con la pena señalada en el Código vigente.

»Ante un peligro tan notorio de envilecerse con el hábito de mal hablar los que no pueden sostener la palabra un corto espacio de tiempo sin dar entrada á la blasfemia, ni expresar una queja, ó pronunciar una sátira sin articular sonidos repugnantes y soeces: ante este continuo acusador de nuestra ilustracion y adelantos, que han excitado en ocasiones las juiciosas advertencias de la prensa, y que snbleva y alarma á los padres de familia que á pesar de la más esquisita precaucion no pueden impedir que sus hijos oigan la vocinglería del descoco y la impureza; y ante la consideracion de que nada recomienda tanto al hombre como la honradez de su comportamiento, el decoro de la conversacion, y la suavidad y cortesía de las maneras, el depositario del poder público no puede permanecer mudo espectador sin contraer inmensa responsabilidad para con su conciencia y con la ley.

»Constituido, pues, en la obligacion de procurar para la provincia que me está encomendada la mayor suma de felicidad posible; dedicando diariamente mucho tiempo al desarrollo de sus intereses materiales, con mengua de mi reposo y descanso, bien penetrado de las disposiciones del Código penal, del Real decreto de 18 de Mayo de 1853, y de la ley para el gobierno y administracion de las provincias; y usando de las facultades ordinarias que me competen, y de las extraordinarias que para enfrenar las malas costumbres concede la Real orden circular de 30 de Julio próximo pasado, he venido en decretar lo siguiente:

»Artículo 1.º Serán castigados con una multa de diez á cincuenta escudos y represion los que blasfemaren públicamente de Dios, de la Virgen, de los Santos ó de las cosas sagradas, y los que con dichos ó hechos, ó por medio de estampas, cometieren irreverencias contra las mismas cosas sagradas, ó contra los dogmas de la Religion, sin llegar al escarnio, de que habla el artículo 133 del insinuado Código.

Art. 2.º Serán tambien castigados con multa de dos á treinta escudos y reprension los que públicamente ofendieren al pudor con acciones ó dichos deshonestos, y los que espongan al público ó espendan estampas, dibujos ó figuras que ofendan al pudor y á las buenas costumbres.

»Art. 3.º Las penas indicadas en los artículos anteriores se impondrán gubernativamente por mi autoridad, y por los alcaldes de los pueblos donde se comentan; y ellos, ó sus tenientes, castigarán además en juicio verbal con el arresto prevenido en el lib. III del expresado Código, á los reos de cualquiera de aquellas faltas.

»Art. 4. En caso de insolvencia de los multados, sufrirán estos la pena de arresto por via de sustitucion y apremio, á razon de un dia de prision por cada dos escudos.

»Art. 5.º Cuando los delincuentes fueren menores de quince años, pagarán por ellos sus padres la multa que se les hubiese impuesto,

»Art. 6.º Los maestros y profesores de instruccion primaria cuidarán escrupulosamente de inculcar en el ánimo de sus discípulos la sana doctrina que les haga odioso el uso blasfemo é inculto que deseo estinguir.

Art. 7.º Y, por último, los alcaldes comunicarán cada mes á este gobierno de provincia noticia detallada



de las medidas que adopten en virtud del presente bando; y en su esfera, lo mismo que los inspectores de vigilancia y demás dependientes de la autoridad en la suya serán responsables del cumplimiento de lo aquí mandado, bajo pena de suspension, y de sufrir las privaciones correspondientes á su morosidad y falta de celo.

»Sevilla, 8 de Setiembre de 1866.--JOAQUIN AUÑON.»

Dice EL PENSAMIENTO ESPAÑOL:

«Es cosa por cierto digna de llamar nuestra atencion lo que se observa en el Trono de los Pontífices romanos. Apesar de los muchos individuos de diversas naciones que se han sentado en él, á pesar de las persecuciones, á pesar de los cortos Pontificados de algunos de los romanos Pontífice, este trono con la misma majestad persevera para hacer el bien á todos los paises, á todas las naciones: vé pasar las generaciones, y aun las naciones con sus gobernantes, y él *in aeternum stat*. Júzguese de ello por los datos diversos que presentamos.

Por lo que toca á la pátria, el cuadro de los Papas se descompone así:

	Romanos ó de los Estados	
	de la Iglesia . . . . .	102
	Boloneses . . . . .	6
	Toscanos . . . . .	24
	Napolitanos ó del reino de	
	Nápoles . . . . .	16
Italianos....	Sicilianos . . . . .	5
	Sardos . . . . .	2
	Genoveses . . . . .	6
	Saboyardos. . . . .	2
	Lombardos. . . . .	9
	Venecianos. . . . .	8
	Provincia incierta. . . . .	19

Franceses . . . . .	13
Alemanes. . . . .	6
Dálmatas. . . . .	2
Españoles. , . . . .	5
Portugueses. . . . .	1
Ingleses . . . . .	1
Holandeses . . . . .	1
Suizos. . . . .	1
Africanos. . . . .	2
Orientales. { Sirios. . . . .	8
{ Griegos. . . . .	13
{ Candiotas. . . . .	1

En cuanto á la duracion del reinado, sin tener cuenta de la diferencia, en general muy ligera, que existe entre el Pontificado, contando desde el dia de la eleccion ó desde el dia de la coronacion, y tomando uniformemente para calcular su estension los dos términos extremos de la eleccion y de la muerte, de la abdicacion ó de la deposicion, se llega á los resultados siguientes:

Desde San Lino, inmediato sucesor de San Pedro, hasta Gregorio XVI.

9 Papas han muerto sin haber ocupado la Santa Sede un mes entero.

40 sin haber estado sentados en ella un año.

22 han reinado un año ó mas, y menos de dos.

50 dos años ó mas, y menos de cinco.

53 cinco años ó mas, y menos de diez.

51 de diez á 15 exclusivamente.

18 quince ó mas, pero menos de veinte.

10 veinte años. ó han ido mas allá de este término, á saber: Clemente XI, que ocupó la Santa Sede veinte años, tres meses y veintiseis dias.

Leon III, veinte años, seis meses y diez y seis dias.

Urbano VIII, veinte años, cinco meses y veintitres dias.

Pio VII, veintitres años, cinco meses y seis dias.

Adriano I, veinte y tres años, diez meses y diez y seis dias.

Pio VI, veinte y cuatro años, seis meses y catorcedias

San Pedro, veinte y cinco años.

El pontificado más largo como se vé, despues del de San Pedro, es el de Pio VI; el más corto es el de Bonifacio VI, que no ocupó la Santa Sede más que quince dias. Ninguno de los sucesores de San Pedro ha llegado, pues, á los veinte y cinco, ni ha hecho mentir la antigua profecía: *Non videbis dies Petri.*

Añadamos aun algunos hechos á estas observaciones:

10. persecuciones fueron dirigidas contra los Papas y contra la Iglesia en los cuatro primeros siglos.

67 Papas fueron canonizados.

24 antipapas han perturbado por su intrusion la série de doscientos cincuenta y tres Vicarios de Jesucristo, desde Novaciano, en el siglo III, hasta Amadeo de Saboya, en el año 1440.

19 Papas, finalmente, desde San Leon III en el siglo VIII, hasta Pio IX, actualmente reinante, han sido obligados á dejar momentáneamente la ciudad de Roma por causas de sublevaciones.

---

*Instruccion de la sagrada Penitenciaría apostólica sobre el contrato que llaman matrimonio civil.*

1.<sup>a</sup> Lo que de mucho tiempo se temia, y los obispos ó singular ó colectivamente con protestas llenas de celo y doctrina, y varones de toda clase con sus plumas eruditas, y el mismo Sumo Pontífice con la autoridad de su voz, procuraron apartar, lo vemos ¡ay! establecido en Italia. El llamado

contrato civil del matrimonio no es ya un mal que la Iglesia de JESUCRISTO haya de lamentar allende los Alpes, sino que trasplantado en estas regiones de Italia amenaza contaminar con sus apesados frutos la familia y sociedad cristiana. Y los obispos y ordinarios vieron estos funestos efectos, de los cuales unos con oportunas instrucciones han dado el grito de alerta á su grey, y otros han acudido solícitos á esta Silla apostólica para tener normas seguras que les sirviesen de regla en negocio tan importante y peligroso. Y si bien de orden del Sumo Pontífice este santo Tribunal haya dado no pocas respuestas ó instrucciones á las preguntas particulares; todavfa para satisfacer á las instancias que de dia en dia se multiplican, el Padre Santo ha mandado que por medio de este mismo Tribunal sea enviada á todos los ordinarios de los lugares en donde ha sido publicada la infausta ley, una instruccion que sirva de norma general á cada uno de ellos, para dirigir á los fieles, y proceder acordes en sostener la pureza de las costumbres y la santidad del matrimonio cristiano.

2.<sup>a</sup> Al ejecutar las órdenes del Padre Santo, esta santa Penitenciaría cree supérfluo recordar lo que es dogma muy conocido de nuestra Religion; es decir, que el Matrimonio es uno de los siete sacramentos instituidos por JESUCRISTO, y por eso pertenece regularlo solamente á la Iglesia, á la que el mismo JESUCRISTO confió la dispensacion de sus divinos misterios. Tambien estima supérfluo recordar la forma prescrita por el santo concilio de Trento, ses. 24, cap. 1.<sup>o</sup> de *reforma matrimonii*, sin cuya observancia no se podria contraer válidamente el matrimonio en donde ha sido este concilio publicado.

3.<sup>a</sup> En conformidad de estos y otros principios y doctrinas católicas deben los pastores de las almas hacer instrucciones prácticas, con las cuales den bién á entender á los fieles lo que la Santidad de Nuestro Señor proclamaba en el consistorio secreto del 27 de setiembre de 1852, á saber: «que entre los fieles no puede existir matrimonio, sin que sea á un mismo tiempo sacramento, y que por consiguiente toda otra union de hombre y mujer entre los cristianos fuera del sacramento, aunque tenga lugar en virtud de una ley civil, no es otra cosa mas que un torpe y perjudicial concubinato.»

4.<sup>a</sup> Y de aquí podrán deducir fácilmente, que el acto civil á los ojos de Dios y de su Iglesia no puede ser considerado de ningun modo, no ya como sacramento, sino que ni tampoco como contrato; y siendo el poder civil incapaz de ligar algunos de los fieles en matrimonio, así tambien lo es de desatarlo; y por lo mismo, segun está santa Penitenciaría ha declarado, contestando dudas particulares, toda sentencia de separación de cónyuges unidos en legítimo matrimonio ante la Iglesia pronunciada por una autoridad láica seria de ningun valor, y el cónyuge que abusando de tal sentencia se atreviese á unirse con otra persona, seria un verdadero adúltero: como tambien seria verdadero concubinario el que presumiese permanecer en el matrimonio en virtud del solo acto civil, y uno y otro seria indigno de absolucion mientras no se reportara, y sujetándose á las prescripciones de la Iglesia no volviere á penitencia.

5.<sup>a</sup> Aunque el verdadero matrimonio de los fieles entonces solamente se contrae cuando el hombre y la muger, libres de impedimentos, declaran el mútuo consentimiento en presencia del párroco y de los testigos, segun la citada forma del santo concilio de Trento, y el matrimonio así contraído tenga todo su valor, ni haya necesidad alguna de ser reconocido ó confirmado por el poder civil; no obstante, para evitar vejaciones y penas, y para el bien de la prole, que de otro modo no seria reconocida como legítima por la autoridad láica, y para alejar tambien el peligro de poligamia, se considera oportuno y conveniente que los mismos fieles, despues de haber contraído legítimo matrimonio ante la Iglesia, se presenten á cumplir el acto impuesto por la ley, pero con intencion (como enseña Benedicto XIV en el breve de 17 de Setiembre de 1746: *Reddita sunt nobis*) de que presentándose al oficial del Gobierno no hacen otra cosa mas que una ceremonia meramente civil.

6.<sup>a</sup> Por las mismas causas y jamás en sentido de cooperar á la ejecucion de la infausta ley, los párrocos no deberán admitir indiferentemente á la celebracion del matrimonio ante la Iglesia á aquellos fieles que por prohibicion de la ley no serian despues admitidos al acto civil y por lo mismo no reconocidos como legítimos cónyuges. En esto deben proceder con mucha cautela y prudencia, pedir con-

sejo al ordinario, y este no sea fácil en condescender, sino que en los casos mas graves consulte á este santo Tribunal.

7.<sup>a</sup> Empero si es oportuno y conveniente que los fieles presentándose al acto civil se den á conocer por legítimos cónyuges ante la ley; no deben jamas cumplir este acto sin haber antes celebrado el matrimonio en presencia de la Iglesia, y si alguna vez la coaccion, ó una absoluta necesidad, que no debe fácilmente admitirse, ocasionase invertir este orden, entónces debe emplearse toda la diligencia posible para que cuanto antes sea celebrado el matrimonio en presencia de la Iglesia, y en el interin manténganse separados los contrayentes. Y sobre esto recomienda esta santa Penitenciaría que se atengan todos á la doctrina expuesta por Benedicto XIV en el mencionado breve, á la que Pio VI en su breve á los obispos de Francia *Laudabilem majorum suorum* de 20 de setiembre de 1791, y Pio VII en sus letras de 11 de junio de 1808 á los obispos del Piceno remitian para su instruccion á los mismos obispos, que habian pedido normas para regular á los fieles en semejante contingencia del acto civil. Despues de todo esto fácil es ver, que de ningun modo se altera la práctica hasta aqui observada sobre el matrimonio y especialmente acerca de los libros parroquiales, esponsales ó impedimentos matrimoniales de cualquier naturaleza establecidos ó reconocidos por la iglesia.

8.<sup>a</sup> Y estas son las normas generales que, obedeciendo á los mandatos del Santo Padre, esta santa Penitenciaría ha creído señalar, y sobre las cuales se alegra de ver que muchos obispos y ordinarios han calcado sus instrucciones, y espera que todos los demas harán otro tanto, y así mostrándose pastores vigilantes, conseguirán mérito y premio de JESUCRISTO, Pastor de todos los pastores. Dado en Roma á 15 de enero de 1866.—A. M. Card. Cagiano, P. M.—L. Pratano, Secretario, (*Acta ex iis decepta que apud Sanctam Sedem geruntur*).

Tomamos de nuestro apreciable colega *La Lealtad* el siguiente CUENTO, traducido del italiano.

### LOS DOS AMIGOS.

En tiempo de Octavio César, cuando aun no se le apellidaba Augusto, y gobernaba el imperio romano bajo el titulo de triunviro, habia en Roma un hidalgo llamado Publio Quinto Fulvio. Su hijo Tito, dotado de un buen natural y animado de una grande aficion por las ciencias, fué enviado á Atenas á emprender la filosofia. Publio le recomendó á un antiguo amigo suyo, llamado Crêmes, y éste le alojó en su propia casa y le hizo estudiar con su hijo en la escuela del filósofo Aristippo. El jóven ateniense se llamaba Gisipo. La analogia de la edad y del carácter, la aplicacion á los mismos ejercicios y el hábito de vivir bajo el mismo techo, establecieron entre los dos jóvenes una tierna amistad, que no acabó hasta la muerte. Sus instantes mas dichosos eran los que pasaban juntos, y como ambos estaban dotados de un génio penetrante y activo, bien pronto se elevaron á las sublimes regiones de la filosofia, compartiendo sin envidia las alabanzas y la admiracion de las personas ilustradas. Crêmes veia con la mayor satisfaccion esta union tan hermosa, y hacia tres años que era testigo de ella, cuando la muerte vino á terminar los dias de su vida. Ambos jóvenes llevaron igual luto, y los amigos de Crêmes no habrian acertado á distinguir cuál era el verdadero hijo y cuál de los dos tenia mas necesidad de consuelo.

Algunos meses despues los parientes de Gisipo fue-

ron á verle, y de acuerdo con Tito, le aconsejaron se casara, proponiéndole una jóven que añadía á su elevado nacimiento una belleza extraordinaria. Era ciudadana de Atenas, se llamaba Sofronia, y tendría á lo mas quince años. Acercándose el dia de sus nupcias, Gisipo rogó á su amigo le acompañara á casa de su futura esposa, á quien no habia visto todavía. Ambos fueron, y ella los acogió graciosamente. El romano, que ardia en deseos de conocer á la beldad con quien debía desposarse su amigo, la observó con la mayor atencion. Este peligroso exámen tuvo un efecto difícil de prever. Tito quedó en el momento enamorado de Sofronia. De vuelta á su casa, se retiró á su habitacion, y una vez en ella, la imagen de Sofronia, sus encantos, sus perfecciones se presentaron sin cesar ante sus ojos, atizando mas y mas el fuego que le devoraba interiormente. Aperciéndose, en fin, del progreso de su pasion, exclamó lanzando ardientes suspiros:

— ¡Oh, desgraciado Tito! ¿Adónde diriges tus pensamientos? ¿Adónde te atreves á poner tu amor y tus esperanzas? Los beneficios, los honores que has recibido de Crêmes y su familia, la amistad que reina entre su hijo y tú, ¿no hace todo esto una ley para respetar á la que le ha sido prometida por esposa? Abre los ojos y reconóctete. Llama á la razon que te ha abandonado, pon un freno á la intemperancia de una imaginacion desarreglada, dá otro giro á tus deseos y otro objeto á tus pensamientos: Lo que quieres no es justo ni honesto, y cuando estuvieras seguro de realizar tus esperanzas, el honor, la amistad y el deber te obligarian á renunciar á ellas.

Así reflexionaba el romano, pero pronto se le aparecia de nuevo la imagen de Sofronia mas hermosa



que nunca, obligándole con sus encantos á condenar sus juiciosos raciocinios.

—«Ay! exclamó, ¿qué falsas preocupaciones me anonadan! ¿No son por ventura las leyes del amor superiores á todas las demás? Yo soy jóven, y la juventud está bajo el imperio inmediato del amor. Las perfecciones de Sofronia merecen los homenajes del universo. ¿Quién podria censurarme por no haber sido el solo insensible?»

Estas reflexiones, que le parecian buenas, le sonrojaban de vergüenza un momento despues. Las abandonaba y volvía á entregarse á ellas con delirio. Pasó el dia y la noche en este flujo y reflujo de opiniones encontradas, y al cabo de algun tiempo perdió el apetito y el sueño, y su cuerpo abrumado por las violentas agitaciones de su alma, se rindió á la enfermedad.

Gisipo, que habia notado la negra melancolía que devoraba á su amigo, se hallaba poseido de una grande inquietud. No abandonaba su cabecera, se esforzaba en consolarle, y le preguntaba frecuentemente y con las mas vivas instancias la causa y el origen de su mal. Tito le engañó largo tiempo con pretextos cuya falsedad no escapaba á su penetracion. Vencido al fin por las reiteradas instancias del amigo leal, prorumpió una vez en lágrimas, y exclamó:

—«Gisipo, si la voluntad de los dioses es que muera yo, veré con placer el término de mi carrera. He tenido ocasion de probar mi constancia y mi virtud, y lo confieso con rubor, han sido vencidas. Mas espero la muerte como el justo castigo de mi vileza. Ahora vas á saber cuán indigno soy de tu amistad.»

En seguida le refirió el nacimiento y progresos de su amor, los combates que habia tenido y las circunstancias

de su derrota. A esta penosa confesion añadió que, conociendo que su amor era indigno é impropio de un hombre honrado, habia resuelto imponerse el castigo de abandonarse á la muerte, lo que creia iba á conseguir muy pronto.

(Se concluirá).

Hemos tenido la satisfaccion de leer los primeros números del *Semanario Católico Vasco-Navarro*, dirigido por el Dr. D. Vicente Manterola, canónigo magistral de la catedral de Vitoria.

El nombre del Director y el objeto de esta publicacion la recomienda sobradamente, y le deseamos el mejor éxito en su empresa.

Aun podrémos preguntar á esos partidarios de una rigurosa igualdad en el mundo moral: ¿Quisiérais que en el mundo material fuera todo igualmente bello; que en los tres reinos de la naturaleza fuesen uniformes todos los seres de que se componen; que todos los peñascos fuesen mármol, todos los animales leones, y fuego todos los elementos? ¿Habria entónces esa admirable variedad, que es uno de los mas bellos adornos del universo, y en la que resplandecen de un modo tan visible la inteligencia, el poder y la inagotable fecundidad de su autor? ¿Y de donde se deduce que no debe haber la misma diferencia en el mundo intelectual y moral? No, no exijais que todos los capitanes sean Turenas, Descartes todos los filósofos, todos los oradores Bossuet, y Newtones todos los sábios. Con vuestra ríjida uniformidad induciríais á creer que Dios se habia visto estrechado en sus ideas, ó en el uso de su poder; que no tuvo libertad en sus operaciones, y que ha sido comprimido por una invencible necesidad. La variedad denota la libertad, y aquel poder sin limites que obra sin trabajo ni dificultad en el mundo de las inteligencias como en el de los seres corpóreos. Tampoco advertis mas que los inconvenientes de ese plan de desigualdad; pero notad bien cuales son sus ventajas, y que gloriosas son para el Criador y el hombre sus consecuencias y efectos. ¡Qué maravilla no es ver cómo la Divinidad sabe hacer concurrir á la armonía de sus obras la pobreza y la riqueza, la ignorancia y el saber, la debilidad y la fuerza; como por sus cuidados se conserva siempre entre nosotros esa asombrosa diversidad de gustos, de talentos y profesiones que tienen relacion con todas las necesidades, y que por unos medios tan varios y aun opuestos contribuyen á un solo fin, que es la conservacion de las sociedades humanas! Admirais en el hombre la generosidad, el valor, la modestia: todas estas cualidades os parecen gloriosas para él; pero bajo del sistema de perfecta igualdad, veríais perder estas virtudes todo su brillo. Hermoso es ver al rico despojarse por socorrer al pobre; pero sin la riqueza de unos, y la indigencia de otros, ¿habria liberalidad? Complace ver al poderoso armarse en defensa del desvalido, y aun si es preciso sacrificarse por él; pero sin el poder por una parte, y sin la debilidad por otra, ¿existiria es-

ta generosa proteccion? Las privaciones son las que hacen brillar la paciencia, así como la modestia resalta en la superioridad de los talentos; y ved aquí como las virtudes que mas honran á la humanidad consisten en ese plan de desigualdad que humilla el orgullo de los que no se hallan en la primera clase. Queda probada la falta de fundamento de las quejas deducidas de la desigualdad de las personas y de sus condiciones.

Bien sé que de esta desigualdad de condiciones parece resultar otra muy grande de dicha é infortunio. Se diria á primera vista, que todo es un bien para unos y un mal para otros; y he aquí lo que mas me incomoda. Huyamos en esto, Señores, de toda exajeracion, pues muchas veces nos engañan las apariencias. La imaginacion y los sentidos extravian la razon, y tomamos por realidades nuestras fantasías y caprichos. Desgarremos el velo que cubre las diferentes condiciones de la vida humana, y verémos que aquellos mismos á quienes envidiamos su brillante destino son á las veces ménos felices que nosotros. Todo en nuestro estado nos parece áspero; y todo halagüeño en el ajeno; vemos en él las flores, pero no sentimos las espinas, y la imaginacion alucinada sueña en un cambio de estado, que tal vez si se realizara, causaria nuestra desdicha. Una de las mas incurables enfermedades del espíritu humano es el estar disgustado con lo que posee, ansioso de aquello de que carece, y siempre mas atormentado aun por lo que desea que feliz por lo que posee. Mucho tiempo ha que el poeta romano en su primera sátira se lamentó de esta inconstancia. El cortesano envidia al solitario su quietud, y algunas veces el solitario echa de ménos el ruido y bullicio del mundo; y cuando el labrador ve sus cosechas destruidas por la tempestad, suspira por la suerte de los moradores de nuestras ciudades: he aquí como el hombre se ajita siempre por ser lo que no es. Mas con todo, si caminásemos de buena fé, nos convenceriamos de que todo está dispuesto y acordado de tal modo, que hay en la felicidad de los hombres ménos desigualdad de la que se piensa. No se trata aquí de fasciarnos, ni consolarnos con supuestos arbitrarios; no diré yo que exista una rigurosa compensacion en los destinos humanos, y que para todos los individuos sea la medida de

bienes y de males exactamente la misma; pero sí diré que la diferencia es menor de lo que desde luego pudiera creerse. El pobre, por ejemplo, está privado de los goces del rico, ¿pero no está también mas exento de las inquietudes y tormentos de la ambición? No se sacia en una mesa suntuosa; pero el trabajo sazona los manjares groseros que le alimentan, y no conoce las enfermedades que asedian la mollicie. ¡Cuántos hombres condenados á las pomposas representaciones de la grandeza, suspiran por las dulzuras de la vida privada! ¿No se vé algunas veces á los poderosos de la tierra despojarse con alegría de la magnificencia para disfrutar de placeres mas sosegados? ¿Quién es aquel cuya alma no se esplaya con la pintura de una vida sencilla y frugal, léjos de la agitación de las cortes y ciudades? No, la nombradía no es la felicidad. El deleite disgusta, la grandeza fastidia, la fama cansa: vanidad en los placeres, vanidad en las riquezas, vanidad en la ciencia: esto es lo que ha visto el sabio tres mil años hace, y esto es lo que aun vemos. De este modo, y en medio de la desigualdad de sus condiciones, los hombres son mas iguales que lo que parecen ser. Creo pues haber dicho con fundamento que la queja deducida de la desigualdad de los destinos ó suertes humanas es en extremo exajerada.

Pero se dirá sin embargo, y esta es la segunda dificultad, que, aunque la desigualdad de este mundo sea menor de lo que se cree, es tal el órden actual de cosas que el hombre resulta siempre infeliz, y por todas partes le abruma los trabajos, las enfermedades y los reveses de la fortuna: ¿y es posible que bajo de un Dios bueno que gobierna este mundo sea el hombre tan miserable?

Procuremos, Señores, reducir esta nueva queja á su justo valor. Yo convengo en que el hombre no goza en el mundo de una felicidad pura y sin mezcla; pero por lo mismo que es una criatura, es limitado en todo lo respectivo á su ser. No parece extraño que el hombre carezca de suficiencia para ver de una ojeada todo el conjunto de las verdades conocidas; que no sea bastante poderoso para dirigir á su gusto toda la naturaleza; que no sea tan virtuoso que posea todas las virtudes en el mas alto grado, sin sombra de imperfección; en una palabra, se mira como una

cosa natural que el hombre no sea perfecto ni en talento, ni en fuerza, ni en virtud. ¿Y por qué se quiere pues que sean completos sus placeres, su salud y su felicidad? Supongo que un hombre, despues de una prosperidad continua de cien años, experimentase un ligero dolor: ¿desconoceria por un solo instante de pena la bondad divina, y querria asemejarse á aquel hombre ridiculo de que habla la fábula, que picado por un insecto se admiraba de que Júpiter no aniquilase con sus rayos tal mónstruo? Luego si Dios, sin dejar de ser bueno, puede permitir algunos momentos de padecer, ¿por qué no una hora; por qué no un dia? ¿y quienes somos nosotros para oponer nuestros cálculos á lo insondable de su infinita sabiduría?

Pondérense cuanto se quiera todas las miserias del hombre: es cierto sin embargo que hay muy pocos tan desgraciados que deseen la muerte, ó prefieran la nada á su existencia. En el curso ordinario de la vida experimentamos muy frecuentemente sensaciones de placer y de alegría; y aun los males que padecemos estan casi siempre templados con algun consuelo, ó á lo menos con la esperanza. El hombre, se dice, es infeliz; pero si la desdicha puede servir para purificar y perfeccionar su virtud, para desplegar en él todas las cualidades del entendimiento y del corazon, y elevarle al mas alto grado de heroismo; entonces yo no veré en sus desgracias mas que un feliz incidente, que en los designios paternales de la divina bondad se convierte en utilidad del conjunto de las cosas. El hombre es infeliz; pero si sus infortunios y disgustos son obra suya, ¿á qué imputarlos á la Divinidad? Demasiadas veces el hombre debe atribuirse solo á sí mismo sus desdichas. Seamos mas moderados en nuestros deseos, mas reservados en nuestros discursos, mas racionales en nuestros proyectos, mas sóbrios, mas templados, y más abstraídos de los deleites y vicios que debilitan al mismo tiempo el alma y el cuerpo; y veremos desaparecer el mayor número de los males que padecemos. El hombre, se dice, es infeliz; pero procuremos no engañarnos buscando la felicidad. No consiste esta en la fortuna, ni en las dignidades, ni en el saber; tampoco se halla en los placeres del mundo, ni en los de la soledad: solo existe en el testimonio de una conciencia libre de remordimientos, y en

ella sola se hallan la paz y el placer sólido del alma, la felicidad en fin. En este punto nuestros escritores sagrados se han manifestado mucho mas ilustrados que todos los sábios de la antigüedad. Esta dicha está al alcance de todos: nadie puede arrebatárnosla; é independiente de todos los accidentes de la vida humana, permanece con nosotros, aunque perezca cuanto nos rodea. Podrá padecer el hombre virtuoso; pero en la calma de su alma pura no cambiará su destino con el de los malvados que parecen ser los mas felices de los mortales; y las cadenas con que podrá ser agobiado le serán mas halagüeñas que todas las coronas del vicio triunfante.

Hasta aquí me he ceñido á manifestar la injusticia y exajeracion de las quejas que se forjan contra la Providencia, ya sea con motivo de la desigualdad de los destinos humanos, ya á causa de los padecimientos y desdichas del hombre: paso ahora á responder á lo que puedan tener de legitimo, resolviendo la tercera dificultad. ¿Por que, se dice, bajo de un Dios santo, bueno, sabio y justo ha de haber esos desórdenes y esos crímenes que tan fácilmente podia evitar, que son el azote del mundo, y hacen con frecuencia peor la suerte de la virtud que la del vicio; en una palabra, por que el mal moral? He aquí lo que vamos á discutir.

Es notorio que la cuestion de la existencia y origen del mal es una de las que mas han ocupado á los filósofos y teólogos tanto antiguos como modernos, y que en ella, como en un escollo, se ha estrellado la razon humana, quando ha querido apurarlo y saberlo todo. No titubeamos en decir, que es imposible disipar enteramente las tinieblas que envuelven este punto. Si en el estudio de los fenómenos del mundo visible se encuentran tan á menudo cosas que confunden el talento de los sábios mas grandes, y de las que con toda su sagacidad no se puede dar razon, ¿cómo en el órden de unas cosas mucho mas sublimes en el mundo intelectual y moral no han de hallarse puntos superiores al alcance humano? Entónces ¿qué debe hacerse? Se debe admirar la Providencia en todos los rasgos de poderío y sabiduría en que se manifiesta, y creerla igualmente admirable en aquellas cosas que nos oculta. Si os precipitais en el ateis-

mo, ¡qué delirio! ¡Qué contradicción, si admitis un Dios, pero sin Providencia; y que ceguedad arrojarle á decir que no hay ni bien ni mal! Una Providencia gobierna este mundo y existe el mal sin embargo; son dos verdades innegables: pero ¿cómo se concilian? Yo pudiera reducirme á deciros que en esta parte nada sé, y recordaros con los ingenios mas sublimes, como Descartes, Clarke y Bossuet, que nunca se deben abandonar las verdades bien aclaradas, por las dificultades que parecen indisolubles, pues de otro modo todo sería incierto, hasta la misma geometría. El primer jeómetra del último siglo Euler confiesa que se han propuesto contra esta ciencia «unas dificultades tan capciosas, que se necesita no poco trabajo y sutileza para refutarlas exactamente.» Asi pues aun cuando yo no pudiese ilustrar suficientemente la cuestión del permiso y existencia del mal en el mundo, no por eso desmayaria mi fe en la Providencia. Por una parte me mantendria firme en la verdad, asi como por otra confesaria sin rodeos mi ignorancia, y obedeceria á los impulsos de una razon ilustrada, humillándome ante la sublime ciencia de Dios. En todo, Señores, es preciso saberse contener; y en el raciocinio, asi como en las acciones, la verdadera fuerza se halla en una medida justa.

Pero no tememos entablar la discusion, y sin la pretension de disipar todas las nubes, presentaremos á los ingenios ilustrados y dóciles suficiente luz para ver que el mal nada tiene de incompatible con la santidad, la sabiduria y la justicia de un Dios que dirige la suerte de los mortales.

Es verdad que el Dios tres veces santo, como le llaman nuestros sagrados libros, aborrece en estremo toda mancha que empañara su Ser divino, y que tiene la inalterable voluntad de no hacer cosa indigna de su perfeccion; pero el mal solo mancha á las criaturas que le cometen, y en medio de los desórdenes de estas la santidad de Dios permanece inalterable. No imaginemos que deba ser Dios considerado como autor del mal que permite. No puede decirse lo mismo del mundo moral que del mundo material: en este todo camina y se ejecuta por movimientos mecánicos, y los fenómenos que nos presenta la naturaleza pueden ser considerados como obra de Dios, siempre que son resultado preciso de las leyes de que Dios solo es autor. Pero no



es así como se gobiernan los espíritus inteligentes y libres: el hombre es capaz de obrar por razón y por elección: está dotado de la sublime facultad de comparar, de reflexionar, y de decidirse; y por este motivo él es lo que es, es decir, racional. Se le ha concedido la libertad para que abraze el bien por elección, y que tenga el mérito de practicarle: es verdad que libre en escoger ó el vicio ó la virtud, puede dirigirse hácia objetos indignos de su afecto, y apasionarse de lo que le está prohibido: en una palabra, hacer el mal. Pero no le ha hecho Dios libre para eso. La libertad procede de Dios, el abuso viene del hombre, y su determinacion por el mal es tan solo obra suya. Tan léjos está el Criador de haberse propuesto el mal, que ha dado al hombre conocimiento del bien, la conciencia, los remordimientos, y la razón para distinguir la virtud del vicio; para evitar el uno y practicar la otra; y la religion nos dá á conocer los socorros divinos con que su misericordiosa Providencia auxilia á la naturaleza para iluminar nuestros entendimientos, y mover nuestros corazones. ¿Quién no ve además que permitir el mal no es lo mismo que quererle y hacerle? ¿Es acaso el maestro que enseña la dialéctica y la elocuencia autor del abuso que se podrá hacer de sus lecciones, defendiendo el vicio y la mentira?

Pero se dirá aun: ¿por qué no impide la bondad omnipotente de Dios todos esos abusos del libre albedrío siéndole tan fácil evitarlos? Es cierto, Señores, que el Dios bueno debe manifestarse en sus beneficios; y todas sus obras deben llevar el sello de su munificencia: pero aquí se presenta una reflexion convincente de que os suplico os penetreis bien: esta es que en Dios la bondad no es una especie de inclinacion ó instinto ciego, sin luces ni reglas, que se dirija al bien de las criaturas sin ninguna consideracion á los demás atributos divinos. La conducta de Dios en sus obras no solo debe presentar el caracter de su bondad, sino también el de su sabiduría, de su justicia, de su independencia y de su imperio soberano sobre todo lo que vive y alienta. ¿No es natural que sus obras sean la manifestacion de todo su ser divino, y que Dios obre como Dios? Luego no es solo la cualidad de Padre la que deberemos considerar en él sino también la de soberano y Señor del universo. Como Pa-

dre comun de todos los hombres, á todos debe muestras de su amor; pero como Rey y legislador supremo ¿por qué no ha de poder imponernos leyes, exigir de nosotros todos los homenajes de sumision y gratitud, y hacer depender nuestra dicha de nuestra fidelidad? Son ciertamente deplorables los abusos del libre albedrio, origen del mal, asi como es humillante para nosotros la debilidad de nuestra inteligencia, origen de tantos errores: pero si Dios no está obligado á hacernos infalibles en nuestros juicios, ¿por qué ha de estarlo á hacernos ímpecables en nuestras acciones? Se querrá que para evitar el mal encadene nuestra libertad, ó que nos hubiese hecho unos autómatas que caminaran al bien por necesidad? ¿Dónde estaría entónces el mérito de la virtud? La libertad para obrar el mal es la que dá valor á nuestra fidelidad, y hace la práctica de la virtud tan meritoria para nosotros y tan gloriosa para la Divinidad. Deseamos solo ver en Dios su bondad, porque ella nos infunde confianza aun en medio de nuestros desórdenes; y olvidamos su soberanía porque intimida nuestras pasiones; pero si no queremos engañarnos á nosotros mismos dando á los deberes de la bondad divina una estension imaginaria, no separemos jamas en Dios los títulos de infinitamente bueno, y de infinitamente grande.

Si insistiendo aun en lo mismo se pregunta, como el Dios sábio ha podido ser autor de un mundo lleno de desórdenes; responderemos que ese Dios es bastante poderoso para convertir el mal en bien, y hasta en el mayor bien: que el permiso del mal, que parece á primera vista como opuesto á su sabiduría, sirve para hacerla resaltar mas, y que bajo de varios aspectos el mal contribuye por sí mismo á la belleza y á la perfeccion del mundo moral. En efecto, Señores, ¿no es digno de admiracion el ver como Dios sabe gobernar esta multitud de voluntades libres y encontradas: arreglar hasta su mismo desarreglo; hacer entrar sus desórdenes en el órden universal, y conservar las sociedades humanas á pesar del desenfreno y choque de las pasiones opuestas que trabajan en confundirlo y destruirlo todo? Considerais siempre en sí mismos esos vicios y desórdenes que son la vergüenza y azote de la humanidad; y no quereis reflexionar que lo que desgraciadamente es un mal muy ver-

dadero, se convierte sin embargo en cierta especie de bien. Si no hubiese mal en el mundo, el bien tendria menos valor, menos mérito, y sería menos apreciado. El vicio es lo que mas hace resaltar la virtud, así como la tempestad hace brillar el esplendor de un hermoso dia. La generosidad resplandece mas al lado de la avaricia, la pureza de las costumbres al lado del libertinage: la clemencia aparece mas magnánima en medio del furor de las venganzas, y la paz doméstica es mas interesante en medio de las discordias que por lo comun afligen á las familias. Así es que puede decirse sin exageracion que hay en el mundo moral, así como en el mundo físico, una clase de belleza que nace de las oposiciones y del contraste.

Colocaré aquí una observacion importante para haceros conocer cuan cautos debemos ser en fallar sobre los designios de Dios, y la sabiduría de los medios que emplea para llegar a sus fines pasajeros sobre la tierra. Situados en un solo punto del tiempo y del espacio, estamos muy acostumbrados á considerar solamente el instante y el sitio en que estamos, cuando deberia nuestro pensamiento extenderse á toda la cadena de los siglos. Sorprendidos del mal presente, vivimos poco para poder ver su enlace con el bien general; y porque la Providencia no camina en sus designios tan veloz como nuestros deseos, tomamos ocasion de blasfemar contra ella. Los designios de Dios son inmensos, y nuestras miras limitadas. ¿Distinguimos acaso bien las relaciones de lo que es con las de lo que ha sido, y con las de lo que será? ¿Conocemos la conexion con la plenitud y fines ulteriores de todas las obras del Eterno, para someterlas á nuestra censura? Muchas veces el tiempo descubre el objeto de los acontecimientos; y lo que era inconcebible á los contemporáneos que lo vieron es palpable á la posteridad. Así es que nos confundimos al ver al inocente hijo de Jacob, cuya interesante historia han conservado nuestros libros sagrados, vendido por sus hermanos, esclavo en Egipto, arrojado en un calabozo; pero si recordamos que sus infortunios fueron como otros tantos escalones que le condujeron á la cumbre del poder, en la que fué el salvador de Egipto y de su familia, y que sus desgracias pasajeras fueron como el eje sobre que rodaban los destinos de un pueblo entero, ¿no deberá su suerte escitar mas bien nuestra admiracion que nuestra crítica? Frecuentemente nuestras quejas son tan injustas y tan infundadas como comunes.

Cuando en otro tiempo los pueblos bárbaros del Norte cayeron sobre las provincias del imperio romano, y causaron tantos desastres en el centro de las naciones católicas de España, Francia é Italia, sucedió que los cristianos débiles en su fé se atrevieron á preguntar, en qué consistía que el pueblo fiel fuese de aquel modo presa del error y de la infidelidad. Salviano, elocuente sacerdote de Marsella, creyó de su deber tomar la pluma para contener tales quejas, y vengar á la Providencia en una obra que aun conservamos. Señores, en nuestros dias, en medio de nuestras convulsiones así políticas como religiosas, y de todos nuestros horribles desórdenes, ¡cuántos franceses vacilantes estraviados y escandalizados han tenido la osadía de decir que Dios no cuidaba de lo que sucedia en el mundo! ¿Quién de nosotros no habrá oído tal vez lo mismo? Y sin embargo, ¿qué es todo esto á los ojos de aquel que reina en la eternidad? Con nuestras quejas y blasfemias respecto á nuestros males, nos parecemos al insecto que creyese que el globo se habia desquiciado enteramente, porque una gota de agua hubiera penetrado en su mansion.

Si; siempre hay algun designio oculto en estos choques y trastornos que de tiempo en tiempo cambian la faz de las naciones. Si el cielo se dignase revelarnos sus secretos veriamos cuan profunda es esta sabiduría. Y nosotros mismos, á pesar de ser tan limitados, ¿no podremos entrever algunos motivos de esas estrañas revoluciones que agitan á los pueblos? ¿Para qué hay revoluciones? Suceden, señores, para castigo de las naciones criminales. La Justicia divina se ejerce en la vida futura únicamente sobre los individuos, y principalmente en este mundo sobre las naciones. Tan luego como la medida de los vicios, de los desórdenes y de la irreligion de los príncipes, de los grandes y del pueblo llega á su colmo, estalla la venganza, y Dios zeloso de los homenajes públicos de una nacion, la castiga visiblemente por su ingratitude y sedicion. Hace conocer á los poderosos que no queda sin castigo el ejemplo de licencia é impiedad que dieron á los pueblos, y á estos que no pueden seguir impunemente aquellos funestos ejemplos. ¿Para qué hay revoluciones? Es para enseñar á los que afectan ignorarlo, que Dios, Señor supremo, hace morir cuando quiere á los reinos, como á los particulares: es para advertirnos que dirijámos nuestras esperanzas mas allá de este

mundo, en el que todo es convulsion é incertidumbre: es para regenerar á los pueblos degradados y envilecidos por todos los vicios, y sacarlos de su letargo; pues los hay tan profundamente sepultados en el sueño de la indiferencia, que solo podrian despertar al ruido de estas horribles tempestades. ¿Para qué hay revoluciones? Para atraer á los pueblos extraviados por el error á las doctrinas necesarias, y largo tiempo desconocidas. Cuando las malas doctrinas han tomado el ascendiente, cuando se han hollado todos los principios conservadores de la moral y del orden público; cuando se ha contraido el hábito de llamar mal el bien, y bien el mal, ¿por qué medios se desimpresionarán los ánimos? ¿Será acaso por la razon? No, esta no es oída en el tumulto de todas las pasiones desenfrenadas y furiosas. ¿Será por la autoridad de la experiencia? Tampoco, solo se ven en ella entonces preocupaciones, hijas de la ignorancia y de la credulidad.

¿Será, en fin, por la autoridad de los sábios? menos aun pues que se los mira como unas almas apocadas, y como esclavos de rancias máximas. ¿Dónde, pues, hallaremos el remedio á este grave mal de los ánimos? Es preciso para curarlos una experiencia pronta, estrepitosa y sensible á todos: ¿y qué hace en este caso la Providencia? Retira su mano, abandona á los hombres á su inmoderada sabiduría; permite que arrebatados por la fogosidad de su delirante razon se precipiten fuera de los límites sagrados de la religion y de la virtud; y de repente el mundo moral y político se desconciertan, saltan sus resortes, flaquean sus apoyos, el edificio social se aplana y cae sobre sus cimientos conmovidos; y ya no queda mas que un caos de desenfreno y de impiedad. Sin embargo, el mal se curará á impulsos de los mismos escesos: en el seno de la anarquía, en el conjunto de todas las calamidades, el hombre conoce la necesidad de un freno, y de una autoridad tutelar; todas las miradas se dirigen entonces hácia aquel que manda los vientos y las tempestades; la tierra se ilustra con sus desgracias, y aun se renueva por la enormidad de los males que sufre; y del centro de las ruinas del mundo destruido sale una voz poderosa que grita á lo lejos, como el eco penetrante de la trompeta: y ahora entendid, oh reyes; instruios vosotros, los que sois llamados para gobernar el mundo:

*Et nunc reges, intelligite, erudimini, qui iudicatis terram* (1).

Acabamos pues, señores, de dar á conocer con cuanta ligereza se cree algunas veces el permiso del mal como incompatible con la bondad, la santidad y la sabiduría de Dios. Puede aun decirse, y esta es la última parte de la dificultad: que no solo permite Dios el mal, sino que le tolera, de tal modo que la suerte de la virtud es peor que la del vicio; y que esto es un desórden que clama contra su justicia. La respuesta á esta última queja va á completar la que hemos dado á las precedentes, y destruirlas en todo aquello en que parecen mas legítimas y fundadas:

Os admiran, y con razon, el abatimiento y las penas de la virtud y las prosperidades y triunfos del vicio; ¿pero os atreveréis á asegurar que Dios no hallará en los tesoros de su poder y de su sabiduría algunos medios de reparar un mal tan chocante? Si le creéis infinitamente sábio, creed igualmente que en esos desórdenes que os ofuscan hay cierto órden encubierto. Por mas que trabajéis, jamás podrán sofocar los sofismas en vuestra alma el grito con que la naturaleza, la conciencia y todo el género humano anuncian una Providencia. Si no distinguís claramente como puede conciliarse con su justicia la suerte del vicio y de la virtud en este mundo, será mas prudente confesar vuestra insuficiencia, que prevaleros de algunos vanos argumentos. Desconocer una verdad tan luminosa como la de una Providencia porque está envuelta en algunas oscuridades, es lo mismo que negar la existencia del sol cuando está oculto detrás de una nube; y con que haya un solo medio de justificar plenamente á la Providencia, deberíais adoptarle con ansia, mas bien que entregaros á vanas quejas.

¿No será acaso posible que todo esto que vemos esté ligado ¡con otro órden de cosas que aun no vemos, y que este mundo imperfecto sea el bosquejo de un mundo mucho mas arreglado, y en que todo ocupe el puesto que le corresponde? ¿Por qué no hemos de pensar que el ser infinito tiene tambien designios infinitos? ¿No es natural que el ser eterno lo dirija todo á la eternidad? Considerad las cosas bajo de este punto de vista, y se

---

(1) Salmo 2, vers. 10.

disiparán todas vuestras dudas. ¿Cuál podría ser en efecto el motivo de vuestras quejas? ¿Es la prosperidad del vicio? Pero esta es muy pasajera, y debe confundirle ante el tribunal inevitable del supremo juez. ¿Son acaso los combates de la virtud, y los padecimientos del justo? Aquellos le aseguran una corona inmortal, y estos se convertirán algún día en un goce inmenso de gloria y felicidad.

Lo diré como de paso y anticipadamente: no es posible dejar de admirar esta religión cristiana, la cual descubriéndonos en la degradación primitiva el origen de todos nuestros males (1), nos manifiesta su remedio; que añadiendo nuevas luces á las de la razón, convierte en certidumbre las opiniones dudosas de la filosofía humana, fija todos los entendimientos en la creencia de la vida futura, y explicando de este modo el mundo presente por el mundo venidero, nos enseña que aun los mas pequeños desórdenes que pueden notarse en la tierra serán completamente reparados en el reino de la eterna justicia.

Dejamos, señores, suficientemente vindicada la Providencia, y no nos queda en este punto mas oscuridad de la que es inseparable de todas las cuestiones intrincadas en que puede emplearse el entendimiento humano. Hagamos callar para siempre nuestras quejas y murmuraciones: si somos felices ofrezcamos á la Providencia el homenaje de nuestra dicha, y si desgraciados, lloremos enhorabuena nuestros males; pero creamos al mismo tiempo que Dios no hiere sino para salvar: no hablemos mas de los juguetes de la fortuna y solo veamos en todo los designios ya manifiestos, ya ocultos de la suprema sabiduría.

Si; el que reina en lo alto de los cielos se entretiene con este mundo, y extiende su providencia al insecto que se arrastra entre la yerba, del mismo modo que al sol que nos alumbrá; al pastor en su cabaña, como al monarca en su trono; grande en su justicia cuando destruye á las naciones; grande en su misericordia cuando las repone; grande en este mundo que solo es una sombra de sus eternos desig-

---

(1) De esto trataremos algo en la Conferencia «sobre los misterios.»

nios: grande sobre todo en el siglo futuro, en donde debe dar complemento á sus obras, siempre y en todo digno de nuestras adoraciones y de nuestro amor, él solo permanece, mientras que todo lo vé pasar, y que las obras mas sólidas de la mano del hombre rinden, tarde ó temprano, con su caída un homenaje estrepitoso á su inmutabilidad.



(1) De esto tratamos algo en la Obra de la Sabiduría de los mias...



---

---

## CONFERENCIA SÉTIMA.

---

### ESPIRITUALIDAD DEL ALMA.

---

Cuando vemos á una multitud de sábios dedicarse con un ardor infatigable, unos al estudio de la estructura del cuerpo humano, de sus órganos y de su mecanismo para conocer mejor los medios de conservar y reparar sus fuerzas, precaver ó aliviar los males de la humanidad, y citándose otros á miras menos útiles poner todo su conato en observar en el hombre la variedad de de sus colores, de sus formas y hábitos físicos para hacer su descripción, así como se hace la de las plantas y la de los animales. ¿Será posible que carezca para nosotros de atractivo é interés el estudio de lo mas noble y elevado que tiene el hombre, que son las cualidades de su alma y de su corazón? ¿Nos hemos de entregar de tal modo á las cosas materiales, que no nos parezca mas que una quimera cuanto está fuera del alcance de nuestros sentidos; y de tal suerte nos hemos de engolfar en cálculos áridos y de una evidencia grosera, que solo nos inspiren tédio y aun menosprecio las cosas mora-

les y espirituales, que nada pierden de su verdad porque sean menos palpables? Si, parece que en nuestros dias particularmente se han agotado todas nuestras facultades en componer y descomponer los cuerpos, en manejar en cierto modo sus resortes físicos, y en perdernos en el inmenso pormenor de los elementos y de las partes de este mundo visible; sumiéndonos en cálculos sin fin ni conexion alguna con nuestros deberes. Parece en efecto que el entendimiento no puede ya pensar, ni el corazon sentir otros deseos; y que la imaginacion carece ya de vigor para elevarnos al Autor de todas las cosas, penetrándonos de su grandeza, poder y -beneficios, ó para escitarnos al conocimiento de nosotros mismos, de nuestra alma, y de sus facultades y destino. Sin embargo, ¡qué cosa mas digna de nuestros pensamientos y meditaciones! Dejemos, señores, dejemos una filosofía puramente animal, que no estima ni aprecia mas que al hombre animal, y como verdaderos filósofos sepamos considerarle en esa inteligencia que le constituye Rey de la naturaleza; en sus relaciones con la divinidad que ennoblecen su ser, y de las que nacen sus deberes religiosos; y en su conexion con sus semejantes que le liga con toda la especie; de donde se derivan todas sus obligaciones domésticas y civiles.

No nos detengamos en los adornos que decoran el exterior del templo, y entremos en el santuario para admirar su riqueza y magestad. La grandeza del hombre no está en esa parte de sí mismo, que pasa y muere: bajo de este punto de vista se asemeja demasiado á las bestias, pues vive y perece como ellas: su verdadera grandeza consiste en su inteligencia. Y qué, ¿esta alma que vive y piensa dentro de mí, mas activa que la llama, mas veloz que el relámpago, mas grande que el universo que abraza y mide con su comprehension; esta alma que multiplicándose de cierto modo en todos lugares y épocas, vive en lo presente por el conocimiento actual, en lo pasado por la memoria, en lo futuro por la prevision, y que traspasando los límites del tiempo y del espacio se engolfa en lo infinito; esta alma no merece fijar nuestra atención mas bien que este cuerpo, que al fin no es mas que un monton de vil polvo?

Si se me obligase á decir francamente mi opinion en

cuanto á este espíritu que anima al hombre, respondería sin titubear, que le creo una substancia inteligente, exenta de toda materia, y un ser real pero incorpóreo: esto es lo que se llama espíritu: ¿y seremos tan poco-filósofos que tengamos por cosa quimérica todo lo que no es corpóreo, y que juzguemos de las ideas del entendimiento por los fantasmas de la imaginacion? ¿Deberemos ser ateos porque no podamos aplicar á la divinidad las dimensiones y propiedades de la materia? ¿No es el pensamiento una cosa efectiva? ¿Y podemos sin embargo representárnosle por imágenes palpables, concederle una figura cúbica ó cuadrada, ó pintarle en el lienzo con colores? Lejos, pues, de nosotros esa opinion grosera de que nada hay real ni efectivo mas que aquello que se puede imaginar: es cierto que no concebís perfectamente la naturaleza de los seres incorpóreos; ¿pero en realidad conoceis bien la naturaleza de los cuerpos? Veis, si, sus propiedades como la divisibilidad, la solidéz, la movilidad; ¿pero, cual es el fondo y la esencia íntima de la sustancia dotada de estas cualidades? ¿Ha habido hasta ahora algun físico que pueda gloriarse de haber penetrado este misterio? Si examinamos la sustancia, sea material ó inmaterial, nunca podremos descubrir mas que las cualidades que le pertenezcan, y en uno y otro caso lo que llamamos sustancia, esto es, el sujeto de aquellas cualidades, no es igualmente desconocido (1). Mi objeto, señores, en este dia es dejar probado que el alma es una sustancia diferente del cuerpo, y que es espiritual: nada hay mas claro que las pruebas de esta doctrina, así como nada mas falso que los argumentos que se le oponen.

Hay en cada uno de nosotros cierta cosa que conoce, piensa y juzga: esa es nuestra alma; y por poco que se quiera reflexionar sobre esta triple capacidad de experimentar sensaciones, enjendrar ideas y formar juicios, hallaremos en ella una triple demostracion de su simplicidad, de su inmaterialidad y espiritualidad: tres términos que serán sinónimos en mi modo de hablar.

---

(1) Condillac. «Cours d' Etudes,» Tom. I, lec. preliminar. página 60.

Es verdad que por medio de los sentidos, de la vista, oído, olfato, gusto y tacto se comunica el hombre con los objetos exteriores materiales de que se compone el universo; pero aquí es donde conviene aclarar bien las cosas para no confundir lo que es puramente físico, con lo que es puramente intelectual. Cuando un cuerpo luminoso hiere mi vista, ó un cuerpo sonoro hiere mi oído, estas dos impresiones se transmiten, si así se quiere, hasta el cerebro, en donde convego en que se conmueve no sé que fibra: pero entre esta impresion y conmocion, mas ó menos rápida, mas ó menos fuerte, y la sensacion que experimenta el alma, hay un intévalo inmenso. Procuremos comprender bien que una impresion en los órganos no llega á ser sensacion sino cuando llega á ser percibida por el principio sensitivo: de este modo cuando un cuerpo extraño me toca, aunque sea ligeramente, y yo lo advierto, se afecta mi alma y experimenta una sensacion; pero si otro me hiere, aunque sea con mas fuerza, hallándome sumergido en el sueño, ó de tal modo distraído que no lo sienta, habrá ciertamente impresion, pero no habrá sensacion. La sangre, por ejemplo, segun la opinion general, circula por nuestras venas; y para esto es preciso que tenga movimiento: pero como no le notamos ni sentimos, nadie se atreverá á decir que causa sensacion, y por lo mismo no veo la luz del sol, no oigo el sonido de una trompeta, ni huelo el perfume de una rosa hasta que noto que veo, oigo y huelo; del tal manera que si no experimento este íntimo convencimiento de una sensacion, no será esta mas que una impresion semejante á la que causa un sello en la cera.

Pero guardémonos de caer en un error grosero: no creamos que residan en nosotros tantos puntos de sensacion cuantos son nuestros órganos. Los sentidos exteriores, como el oído, la vista y el olfato, reciben las impresiones físicas de los objetos, pero no las conocen; asi es que el ojo recibe la impresion de los rayos luminosos; pero no es él quien experimenta la sensacion de la luz: el oído se conmueve con el cuerpo sonoro, pero no tiene la idea del sonido: el ojo ignora lo que sucede en el oído, y el oído no sabe lo que pasa en el ojo, sino que todas las impresiones recibidas por los diferentes órganos se trasmiten á un principio único, que es donde residé la sensacion, y el que las compara y les dá

valor. Esto nos va á conducir á una demostracion rigurosa de la espiritualidad del alma.

«No solo conocemos nuestras sensaciones, no solo reflexionamos sobre lo que ellas nos presentan, sino que comparamos frecuentemente las unas con las otras. Así es que á un mismo tiempo experimento diversas sensaciones, escitadas unas veces por un mismo objeto, como cuando veo, gusto y sirvo un manjar, ú oigo y toco un instrumento; y otras escitadas por muchos, como cuando oigo una música, y veo algunas personas; ó cuando siento el calor del fuego, percibo un olor, y como una fruta. Yo distingo perfectamente todas estas sensaciones, las comparo y juzgo cual de ellas me agrada y conmueve mas; prefiero la una á la otra, y la elijo: de aquí se infiere que este *yo* que compara las diferentes sensaciones, es sin duda alguna un ser simple, porque si fuera compuesto recibiria en diversas partes las varias impresiones que cada sentido le trasmitiese: los nervios del ojo, por ejemplo, llevarian á una parte las impresiones de la vista, los de la oreja á otra parte las impresiones del oido; y así los demás. Pero si fuesen las distintas partes del órgano físico del cerebro, por ejemplo, las que recibiesen cada una por su lado las sensaciones, ¿cómo se verificaría su reunion y comparacion? Toda comparacion pide un *comparador*, así como todo juicio supone un juez único; y estas operaciones no pueden verificarse sin que las diversas sensaciones vayan todas á parar á un ser simple. Un escritor que no puede ser sospechoso á los incredulos, relacionando esto mismo se espresa así: *se puede decir sin hipérbole, que esta es una demostracion tan cierta como las de geometría* (1).»

Pero ¡qué nuevos rayos de luz van á ilustrar la discusion, si consideramos en el alma la facultad de pensar!

Para subir á los principios mas elementales, diremos que no podemos juzgar de las cosas sino por las ideas, y que solamente por las nociones puras y exactas de los objetos

---

(1) Véase á Mr. de Ia Luzerne, «Dissertation sur la spiritualité de l'áme,» página 83 y sig, y la nota en que cita a Bayle.

es por donde podemos distinguirlos, y juzgar de su semejanza á oposicion. No hay cosa mas sencilla y luminosa que el principio siguiente: cuando dos cosas tienen definiciones, propiedades y efectos opuestos, de modo que lo que se asegura de la una se niegue de la otra, decimos que estas dos cosas se diferencian en especie y naturaleza. Esta es la única regla por la cual se distinguen los objetos, de modo que si os pregunto por qué una piedra no es un árbol, y por qué el agua no es fuego, no podeis dar otra razon, sino porque sus ideas, sus definiciones, sus propiedades y sus efectos son diversos. Recorred ahora las cualidades mas constantes y conocidas de la materia, y ved si no están en sentido opuesto con el pensamiento; y si es así, concluid que lo que piensa no es materia. Pasemos á este exámen.

La materia tiene extension, y esta formada de partes, colocadas las unas por fuera de las otras: y ¿quién ignora que el pensamiento es por sí simple y sin division de partes? Los objetos corporales del pensamiento pueden muy bien ser de un volúmen ó de una magnitud desigual; pero la percepcion que yo tengo de ellos no se mide por sus dimensiones, y la idea que me formo del sol no es mas ancha ni mas larga que la de una flor. ¿A quién no repugnaria oir hablar de ideas de una línea de largo y de una pulgada de grueso? Si alguna vez hablamos de vastas y profundas meditaciones, esto no es mas que una metáfora para hacer como palpables las operaciones del entendimiento.

La materia tiene figura, forma y color: y ¿qué figura daremos al pensamiento? ¿Es redondo, cuadrado, cúbico ó triangular? ¿Es azul celeste, ó encarnado como la escarlata? Pregúntese al aldeano mas sencillo si sus pensamientos son verdes como sus prados, ó cuadrados como su casa, y no solo le parecerá ridícula é impertinente esta pregunta, sino que creerá que quieren mofarse de su ignorancia: tanto es lo que repugna esta pregunta al sentido comun.

La materia es divisible: puede separarse en partes distintas las unas de las otras: el pensamiento por el contrario es indivisible, y ó no existe ó existe entero; y es una cosa inaudita que se tome una mitad, un tercio ó una cuarta parte de él. Ved, pues, como las propiedades mas cons-

tantes y mas genenalmente reconocidas de la materia están en oposicion manifiesta con las del pensamiento. En vano intentareis suponer en la materia alguna cualidad oculta que la haga capaz de pensar; pues sobre ser la tal cualidad secreta y maravillosa una suposicion del todo arbitraria, será siempre un proceder extraño y reprobado por la santa lógica el combatir una cosa bien conocida por otra ignorada enteramente.

Por otra parte, todo cuanto puede tener la materia de mas recóndito y oculto no evitará que sea materia extensa, configurada y divisible: cualidades incompatibles con la inteligencia. Tampoco me digais que no se sabe si Dios por su omnipotencia no podria dotar de pensamiento á la sustancia material. No es poner límites á la omnipotencia suponer que no puede hacer lo que implica contradiccion; y antes bien sería insultar á su sabiduría creerla capaz de formar el plan de una cosa absurda. Así pues, el Todopoderoso no puede hacer que lo que ha sido no haya sido, que un cuadrado sea circular, y un círculo cuadrado. El pensamiento y la extension son de una clase opuesta, como el sonido y los colores; y así como no se puede dar color al sonido de un clarin, ni hacer sonora la fragancia de una flor, tampoco pueden identificarse en un mismo sujeto lo material y lo inmaterial, lo extenso y lo inextenso. Un ser no existe sin sus cualidades esenciales, como tampoco con aquellas que se esclúyen necesariamente: por consiguiente si tiene extension, es preciso que carezca de pensamiento; y si adquiere el pensamiento, tiene que perder la extension. Estas son las nociones que nos da la recta razon; y si nos fuera permitido abandonarlas por hipótesis quiméricas, el partido mas juicioso sería el de dudar de todo, á pesar de que tal recurso sea el colmo de la locura humana.

Por último, la materia es susceptible de movimiento; pero este movimiento nada tiene de comun con el pensamiento, Yo tengo una idea muy exacta y clara del movimiento, conozco tambien mi pensamiento, las operaciones de mi inteligencia, de sus voliciones y sus juicios, y veo que todas son cosas de diferente naturaleza. El movimiento es lo mismo que agitacion, mudanza de partes, traslacion de un sitio á otro; y bajo de este supuesto, dígame todo aquel que pro-

ceda de buena fé, si su pensamiento es un cuerpo que se mueve. Es preciso no confundir los movimientos exteriores con la idea ó con el conocimiento que tenemos de ellos. Luego que nos representamos un movimiento, el entendimiento concibe la idea de un cuerpo que ya está en un sitio, ya en otro; pero cuando yo considero los actos interiores, por los cuales queremos ó no queremos, pensamos, reflexionamos ó juzgamos, ¿me siento acaso inclinado á figurarme una materia en movimiento? Si alguno me dijese que las bellezas poéticas de Virgilio, la filosofía de Descartes, los descubrimientos de Newton y la sublime elocuencia de Bossuet no han sido en sus cerebros mas que partículas de la materia agitada y el resultado de la magnitud, volúmen, velocidad y choque de estas, confieso que semejante lenguaje me parecia en extremo ridículo, y me inclinaría á creer que el género humano no ha sido creado ni para hablarle ni para oírle: ¿no es un absurdo el decir que el conocimiento de sí mismo es una mudanza, y que los sentimientos de reconocimiento y de amistad son tránsitos de un sitio á otro? Pues en verdad que no serian otra cosa si el pensamiento fuese un movimiento.

El gran recurso de los materialistas de nuestros dias es decir, que es necesario no confundir la materia inerte ó pasiva con la materia organizada; que en este último estado puede tener nuevas cualidades que no tenia antes, así como por la mezcla de muchas sustancias se obtienen resultados que no hubiera dado cada una de ellas aisladamenie; pero esta es tambien la mas grosera ilusion. ¿Cuál es, pues, esa organizacion que hace pensar la materia? No es ciertamente la de las plantas; pues yo no creo que la violeta mas bien organizada y odorífera sea por eso un ser pensador. Tampoco es la de los animales; pues aun no se ha probado que estos racionen. Se trata pues de la organizacion del cuerpo humano; pero ¿qué hace esta aun siendo mas perfecta? Pone partes materiales en relaciones de simetría y de concordancia, y en una cierta proporcion con ciertos efectos y movimientos: pero aunque de aquí resulten nuevas combinaciones de las sustancias materiales, nunca es mas que materia extensa, divisible y con figura determinada, en la cual es inútil buscar el pensamiento. Es un principio bien sencillo y



claro, que no hay efecto sin causa, y que por lo mismo, lo que se halla en un efecto debe hallarse tambien en su causa. Reunid una multitud de ciegos, dadles todas las combinaciones posibles, y jamás resultará un hombre con vista, porque en ninguno de ellos se halla aptitud para recibir por su combinacion con los otros las impresiones de la luz: del mismo modo es imposible que de la combinacion de partes que no piensan resulte nunca un ser pensador, ¿Qué sucede en las composiciones químicas? Se combinan las fuerzas particulares de tal modo que la una da impulso á la otra; y auxiliándose mutuamente concurren todas al bien comun, sin que esta composicion de sustancias haga otra cosa que desarrollar lo que ya preexistía, y solo necesitaba ponerse en accion. De este modo el azufre encendido desprende el aire condensado en el salitre, y aquel ya dilatado sigue las leyes naturales de su elasticidad, de donde resulta la explosion.

Por consiguiente, si el pensamiento resultase de las combinaciones de la materia organizada, seria necesario que hubiese anteriormente en ella cierta aptitud para pensar, que esperase solamente una ocasion para desarrollarse: luego esta aptitud de pensar no puede hallarse en lo que es estensa, divisible, y con figura, pues son cosas incompatibles, y seria lo mismo que decir que en el color de una flor se pueda hallar cierta aptitud para llegar á ser sonora.

Es muy curioso ver lo que han inventado los ideólogos modernos para explicar mecánicamente el pensamiento. Voy á citar literalmente ciertos trozos que serian intespestivos en un sermón, pero no en nuestras Conferencias. Oid á esos doctores del materialismo, y os dirén en obras llenas del aparato mas científico, «que el cerebro es el órgano particular destinado á producir el pensamiento, así como el estómago é intestinos á hacer la digestion. Los alimentos caen en el estómago con sus cualidades propias, y salen de él con otras nuevas por medio de la digestion; del mismo modo las impresiones llegan por el conducto de los nervios al cerebro: esta víscera ejerce su accion sobre ellas, y muy en breve salen ya transformadas en ideas, de donde podemos concluir con la misma certeza, que el cerebro di- jiere en cierto modo las impresiones, y hace orgánicamente

»la secrecion del pensamiento (1).» Hay señores, en este lenguaje tantos equívocos y errores como palabras, y en él se descubre toda la debilidad de la mentira que, perseguida en todas direcciones, se acoge á las anfibologías y á las mas vagas oscuridades.

Si nos dijese que despues de la union del alma y del cuerpo necesita aquella del órgano del cerebro para sus operaciones, podria entenderse este lenguaje, mas adelante tocaremos este punto; ¿pero qué cosa mas rara que hacer del cerebro una máquina de pensar? Me decís que el cerebro digiere las impresiones que le han sido trasmitidas; pero las impresiones hechas en los órganos no pueden ser mas que impresiones, dilataciones, vibraciones, mudanzas de partes materiales, y en una palabra, movimientos: así, pues, decir que el cerebro digiere las impresiones, es decir que digiere los movimientos: ¿y se ha visto nunca un modo mas bárbaro de pensar y de explicarse? Añadís que sucede con el cerebro con respecto á las impresiones lo mismo que con el estómago con respecto á las sustancias alimenticias; pero sed consiguietes, y llevad la comparacion hasta el cabo. ¿Qué hace la accion del estómago? Transforma los alimentos que recibe; pero las nuevas cualidades que les da no son incompatibles con un ser material, ni impide que conserven la naturaleza de sustancias materiales: luego es necesario decir que la accion del cerebro cambiando y modificando los movimientos que le llegan, los deja siempre en su estado de movimiento, y que, por consiguiente, no puede resultar de su accion mas que movimientos, que hemos demostrado suficientemente no ser el pensamiento. Decís aun que el cerebro despide las impresiones transformadas en ideas; pero yo pregunto á donde se reciben estas ideas; pues es preciso que paren en alguna parte: y así como el movimiento no existe sino en lo movable, tampoco el pensamiento existe sino en el sujeto que piensa, y nos hallamos siempre con la misma pregunta: ¿de qué naturaleza es esta sustancia que tiene todas estas ideas? Si la haceis material os opongo mis pruebas, que siempre están en pié, de la in-

---

(1) Cabanis; «Rapports du Physique et du Moral de l'homme.» Tom. I, pág. 152.

compatibilidad del pensamiento con la materia. Ved aquí como analizando vuestra mecánica esplicacion del pensamiento, no se halla en ella mas que palabras insignificantes y absurdos palpables. Para resumir esta segunda prueba de la espiritualidad del alma, sacada de la naturaleza del pensamiento, decimos: lo que no tiene estension, figura ni visibilidad, como el pensamiento, no puede identificarse con lo que tiene figura, extension y divisibilidad como la materia; luego lo que piensa no es materia.

Si las sensaciones y las ideas pasasen sin dejar en nosotros ningun vestigio, y si nuestra alma no conservase la memoria de ellas, no podria hacer uso alguno de estos conocimientos pasajeros que se borrarían tan pronto como se adquiriesen, y serian incapaz de comparar, juzgar y raiocinar; pero por el contrario esta dotada de sublime poder de hacer revivir las nociones que ha concebido sucesivamente, de volvérselas á representar, reunir las, combinar las, establecer principios y sacar consecuencias; en una palabra, de juzgar y raiocinar: nueva capacidad de nuestra alma, y una nueva prueba de su simplicidad.

Yo os quiero suponer con un gran caudal de conocimientos en historia, en ciencias, en artes, en política; pero un solo principio es el depositario de todo ese cúmulo de sensaciones que hay experimentado, de ideas que hayas concebido, y de reflexiones que hayais hecho. No hay en vosotros un principio para las sensaciones, otro para las ideas, y otro para los juicios: no hay en vosotros muchos *yo*: solamente hay uno, y el *yo* que vé este mundo es el mismo que conoce su belleza y juzga que su autor es un ser inteligente. Este último acto de vuestro entendimiento, por el que se eleva hasta Dios, hasta sus infinitas perfecciones y hasta los deberes que dimanán de ellas, supone una multitud de sensaciones, de ideas preliminares y juicios particulares; y en este sentido puede decirse que vuestro juicio interior es compuesto; pero el acto en sí mismo; por el que el entendimiento juzga y decide, es uno solo, esta operacion intelectual es indivisible; y he aquí como todas las mas íntimas funciones de nuestra inteligencia nos persuaden de su inmateria-  
lidad.

No trato ahora de disputar á los doctores del materialis-

Como la ciencia y el ingenio; abandono sus obras bajo de esos conceptos á los que tienen el derecho de juzgarlas. Conozca que con una detestable metafísica acerca del alma y de sus facultades se pueden poseer excelentes conocimientos del cuerpo humano y de los males que le afligen; siempre respetaremos la ciencia, el talento y los servicios, hállese donde quiera; pero negaré altamente á todos esos apóstoles del materialismo la primera de todas las cualidades en las obras polémicas, quiero decir, la lógica, la sana metafísica, y el talento de raciocinar, de enlazar las ideas, y de encadenar consecuencias exactas á unos principios bien demostrados. Parece extraño que sistemas tan absurdos en metafísica, y tan funestos por otra parte á la moral, hayan podido tener tantos sectarios; mas esto no debe causarnos admiracion. Esta monstruosa doctrina no es nueva, y debe su origen á pasiones mucho mas antigua que ella, pero á lo menos. en otro tiempo, solo se hallaba en ciertos libros que no eran generalmente conocidos, al paso que hoy está diseminada en tantas producciones sabias y literarias, que infestan con la mayor facilidad á una juventud ansiosa siempre de cuanto lisongea sus inclinaciones y de todo lo que embota el aguijon de los remordimientos, liberta al alma de todo temor, y con la esperanza de la impunidad le da absoluta licencia para hablar y para obrar. Mas adelante tendremos ocasion de exponer las funestas consecuencias de esta doctrina; veamos ahora los argumentos mas especiosos que nos oponen los materialistas.

Nada han despreciado estos para apoyar sus sistemas, y han intentado alegar á su favor la autoridad, la experiencia y la analogía.

Dicen, apoyándose en la autoridad, que al dogma de la espiritualidad del alma es demasiado nuevo; que no le conocieron ni aun los padres de la Iglesia cristiana, y citan por testigos á Tertuliano, á San Ambrosio y á San Hilario, que han tenido el alma por corporal, y á San Agustin que escribió un libro de *Quantitate animæ*; y añaden que se sabe que Locke pone en problema, «si Dios no es bastante poderoso para comunicar el pensamiento á la materia.»

Dicen tambien, apoyándose en la experiencia: «Advertir como el alma experimenta las mudanzas y vicisitudes del cuerpo: parece que ella nace, crece y envejece con él, y la razon se

»desarrolla y se debilita como los órganos. ¡Qué influencia  
 »no ejercen sobre las sensaciones y pensamientos del alma  
 »el temperamento, la edad, el clima, la educación, las cos-  
 »tumbres y el régimen! ¿No habeis observado las relaciones  
 »perpétuas entre lo moral y lo físico del hombre? ¿No de-  
 »beremos inferir de todo esto que son una misma y única  
 »cosa, aunque modificada de diverso modo?

«Apoyándose en la analogía os dicen: Advertid como los  
 »animales os dan todas las señales de seres que sienten,  
 »piensan y rociocinan; y sin embargo ¿son más que unas  
 »máquinas bien organizadas? ¿Os atreveríais á suponerles un  
 »alma? La teología cristiana se opone á ello; por consiguien-  
 »te nó es inverosímil que el hombre lo deba todo á su or-  
 »ganización física.» Bien veis, señores, que nada os oculto;  
 pero volvamos al asunto.

Asegurais por decontado que el dogma de la espirituali-  
 dad del alma fué desconocido á los doctores de la Iglesia  
 cristiana; pero ¿dónde está la prueba de esta asercion? Uni-  
 camente existe en algunas palabras equívocas. Confieso que  
 se sirvieron algunas veces, hablando del alma humana, de  
 términos que no tienen todo aquel rigor metafísico que bus-  
 camos en la presente discusión; pero ¡cuán léjos estaban de  
 los tenebrosos sistemas que se les suponien! En efecto, los  
 unos han pensado que además de estar el alma unida á este  
 cuerpo visible que ella anima, lo estaba también á cierta  
 especie de túnica aérea que le servia como de comunica-  
 cion con los órganos mas groseros del cuerpo; y en este  
 sentido decian que el alma tenia un cuerpo, lo que no im-  
 pedia que en su sustancia inteligente fuese espiritual. Los  
 otros para significar que el alma era cierta cosa real y sub-  
 sistente, y no una simple cualidad, decian que era un cuer-  
 po, en el mismo sentido que nosotros decimos que es una  
 sustancia; y aun de las diferentes facultades de que está ador-  
 nada, el entendimiento, la voluntad y la memoria tomaban  
 ocasion para considerarla como un compuesto de diferentes  
 partes. Todo esto puede verse discutido en el *Diccionario* de  
 Bergier y en el de las *Herejías* por Pluquet.

Voy, señores, á haceros una reflexion decisiva: esos uoc-  
 tores de la Iglesia cristiana eran sin duda cristianos, conocian  
 y profesaban los elementos del cristianismo, y todos creían,

como nadie lo niega, en la existencia de la vida futura: ¿qué importa que el alma fuese corporal, si no obstante era inmortal, y estaba destinada á recibir en la otra vida el castigo de sus vicios, ó la recompensa de sus virtudes? Solo en nuestros dias ha podido ocurrir poner á San Agustin en el número de los materialistas.

Tenemos una obra suya en forma de diálogo, cuyo objeto es hacer ver que el alma, no obstante que sea cierta cosa grande por su accion y poderío, no tiene magnitud como los cuerpos, y que no es una cantidad divisible como las cantidades corporales; de lo que viene su título *De quantitate animæ*. En ella expone San Agustin unos principios, que mas adelante debia Descartes tener la gloria de explicar perfectamente; y ¡cosa bien singular! de este mismo escrito, en que combate la doctrina de los materialistas, es donde estos, sin acaso haberle leído, toman ocasion para invocar á San Agustin por uno de sus abogados.

Pero ¿á qué se dirige todo ese empeño en defender la materialidad del alma? No tiene otro objeto que probar que es mortal, que acaba con el cuerpo, y que de este modo nada hay que esperar ni que temer mas allá del sepulcro. Pero yo quiero por un momento que la idea descabellada y muy imprudente de Locke pudiese realizarse, que fuese absolutamente posible que por la omnipotencia de Dios la materia llegase á pensar: ¿habria por eso seguridad alguna contra lo venidero? Ciertamente que no; pero examinemos en su totalidad el pensamiento de Locke. El mismo establece que es imposible concebir que la materia pueda sacar de sí misma el sentimiento, la perfeccion y el conocimiento; pero aparentando un falso respeto á la omnipotencia divina, no se atreve á decir que Dios no pueda hacer que la materia piense (1). Mas si, como quiere Locke, Dios es bastante poderoso para dar á la materia la facultad de pensar, para hacerla un ser inteligente y libre, capaz del bien y del mal, y de merecer ó desmerecer, ¿por qué no podrá tambien conservar de algun modo este ser material, trasladarle á otro orden de cosas,

---

(1) «De l'Entendement humain,» lib. IV, chap. 3, §. 6; y chap. 10, §. 15 etc.

y hacerle allí capaz, por medio del sentimiento, de recibir recompensas y castigos? Esta reflexion ha sido hecha por célebres metafísicos, entre otros por Cárlos Bonnet (1). Los escritos de Locke, su vida y últimos momentos prueban que creia en la inmortalidad del alma, y hé aquí como el incrédulo, aunque en su misma hipótesis, no está convencido de esa nada á que aspira, y ni aun ese miserable recurso le será concedido: como dice Rossuet (2).

Paso á la segunda dificultad tomada de la influencia del cuerpo sobre el alma, y de las relaciones continuas entre ambos, que parece suponen que son una sola y única sustancia. Procuremos, señores, analizar bien las cosas. Al mismo tiempo que creemos en la diferencia del alma y del cuerpo, confesamos que segun las leyes establecidas por el Criador para su union, existe entre ambos una correspondencia perpétua. El alma está hecha para el cuerpo, y el cuerpo está hecho para el alma: esta es como una reina, cuyos ministros y servidores mas ó menos fieles son los órganos. No decimos que las impresiones hechas sobre los sentidos no esciten en el alma sensaciones é ideas; ni que las voluntades y afecciones del alma no causen movimientos en los órganos; que el alma no tenga necesidad mas particularmente del ministerio del cerebro para las operaciones de su inteligencia; que no sea mas á propósito una configuracion determinada para el desarrollo de ciertos sentimientos y de ciertas ideas, ni que la constitucion física, la edad el clima y el régimen no influyan en el estado del alma: no es esto lo que ahora se disputa, y es por consiguiente inútil hacer una pomposa narracion de todas las relaciones que existen entre el alma y el cuerpo, y han sido observadas y reconocidas en todos los tiempos.

Todo esto es consecuencia de la union del alma con el cuerpo, y todo prueba su mútua relacion, pero no su identidad. No es por la union y dependencia de dos sustancias que por lo que se debe decir de la identidad de su naturaleza, sino por sus ideas, propiedades y efectos, segun hemos

(1) Véanse «Pensées de Leibnitz, tom. I, pág. 165.

(2) Oraison funebre de la Princesse Palatine.

establecido al principio de la discusion. Esta es la regla fija, única é infalible para juzgar bien, y que nos ha obligado á confesar que el alma se distingue del cuerpo. Si observais que un centinela deja con regularidad su puesto en el momento que se le avisa por medio de cierta señal dada de antemano, ¿os vendria por eso á la idea confundir al centinela con la señal?

Ve un materialista que el estado del alma se modifica por el del cuerpo, y se empeña en inferir que el alma es corpórea. Vendrá un espiritualista que observará que el estado del cuerpo se modifica frecuentemente por el del alma, que los sentimientos de placer ó de dolor, de ódio ó de amistad afectan y conmueven los órganos y la fisonomía hasta el punto de manifestarse en ella visiblemente; y concluirá que lo que creemos que es un cuerpo no es mas que una apariencia de tal, y una imaginacion de nuestra alma semejante á las visiones de un sueño. Para evitar estos estravíos reconocamos la influencia recíproca del alma y del cuerpo; veamos en el hombre una inteligencia unida á los órganos, y digamos que el cuerpo es como un instrumento de que necesita el alma para el ejercicio y desarrollo de sus facultades intelectuales. El alma tiene sin duda cualidades que de ningún modo convienen á los órganos; pero como, en general, solo por el ministerio de estos despliega sus facultades, ¿deberá admirarnos que los defectos, las imperfecciones y la alteracion de estos órganos puedan notarse en las operaciones del entendimiento? Cuando un músico, por ejemplo, toca una arpa, la perfeccion del instrumento, su afinacion, y el número de cuerdas sonoras influyen en la hermosura y armonía de los sonidos, en tales términos que si el instrumento es muy defectuoso, es muy posible que el artista mas consumado no saque de él mas que sonidos desagradables: ¿y por esto confundiremos al músico con el arpa?

Observareis que parece sigue el alma las vicisitudes del cuerpo, y como que crece y envejece con él. No negaré lo que pueda haber de verdad en esta observacion tomada en general; pero es preciso no llevarla demasiado adelante, ni escudarnos en sus consecuencias. Porque los pensamientos de un niño sean débiles, ¿creeréis que la debilidad de su entendimiento proceda únicamente de la de sus órganos? No;



tambien procede de su falta de experiencia y de conocimientos adquiridos, de su ignorancia en la lengua que se le habla, y de no aplicar á ella ideas bien precisas. Figuraos dos niños de una organizacion del todo igual; pero que el entendimiento del uno haya sido cultivado desde su mas tierna edad por una educacion esmerada, y que el del otro haya sido del todo descuidado: el primero manifestará á los diez años una inteligencia, que el segundo no tendrá ni aun á los veinte.

Os admirais de la concordancia que creéis notar entre el desarrollo del alma y el del cuerpo; pero guardémonos de formar de esta conformidad una regla general é invariable. ¡Cuántas escepciones no admite! ¡Cuántas almas se manifiestan superiores á los ataques que sufre el cuerpo! ¡Qué vigor y qué elevacion de pensamientos se advierte muchas veces en cuerpos débiles; y qué debilidad al contrario en cuerpos vigorosos! ¡Qué magnanimidad en algunos ancianos, y qué abatimiento en otros hombres aun en su edad viril! Y esos niños deicados, esas mujeres tímidas, esos ancianos decrepitos á quienes tantas veces se ha visto desafiar los tormentos y la muerte, y presentarse tranquilos á pesar de tener sus miembros y órganos mutilados, rotos y destruidos por el hierro y por el fuego, ¿de dónde han sacado tanto heroismo? ¿No se manifestaba su alma independiente de sus órganos? No, no siempre la degradacion del cuerpo, trae consigo la del alma; y son tantas las escepciones, que ellas solas nos suministrarían una nueva prueba de la diferencia que hay entre el alma y el cuerpo.

En lugar de ver en el desarrollo sucesivo y proporcional de uno y otro una prueba de la materialidad del alma, veamos lo que es realmente un rasgo admirable de la sabiduria del Criador, y un medio por el que conserva la armonia de este mundo. Por tanto diremos tomando el pensamiento y aun las espresiones de un apolojista moderno: «Si un niño tuviese su razon completa, le seria insufrible «la debilidad de su cuerpo; y léjos de sonreirse en el seno de su madre, se le veria triste, inquieto y zeloso aspirar con impaciencia á todo el vigor de su padre; tendria, «aun envuelto en sus pañales, las pasiones y los proyectos «de un hombre, y enfureciéndose de no poder satisfacer sus «deseos, el mismo conocimiento de su libertad le haria mi-

«rar como una horrible prision la cuna donde descansa tranquilamente. Los padres no tendrian mas autoridad que la de la fuerza, y los ancianos carecerian de aquel derecho legítimo que les da la madurez de sus juicios al respeto de la juventud. Todo se trastornaria en el órden de las cosas humanas. (1)» Diré en dos palabras, Señores, valiéndome de las mismas del escritor que ha refutado *el Sistema de la naturaleza* con una lójica invencible: «Es cierto que hay una dependencia mútua entre el cuerpo y el alma; pero es un delirio inferir que dos cosas son idénticas, porque entre ellas haya una mútua dependencia (2).»

Estamos en la última dificultad tomada de la semejanza entre el hombre y los animales. Se conviene en que los animales sienten y piensan, y sin embargo se niega que tenga un alma espiritual; de lo que se quiere inferir que puede tal vez suceder lo mismo respecto del alma humana. Por decóntado, señores, yo no puedo menos de estrañar la conducta de los materialistas, que quieren que juzguemos del hombre por los animales; porque al cabo yo conozco con el sentimiento mas vivo y mas claro todo cuanto pasa en mí, los pensamientos y las operaciones de mi entendimiento; pero carezco de toda nocion respectiva al principio interior que hace obrar á los animales. Si sus acciones son visibles, su causa se oculta á nuestra sagacidad; y para juzgar con acierto, seria preciso haber vivido en el animal, y haber experimentado y sentido lo que pasa en él cuando ejecuta sus operaciones. «El verdadero filósofo, dice con este motivo el inmortal autor del *Anti-Lucrecio*, camina de lo que conoce á lo que ignora. ¿Por qué rareza quereis juzgar de lo que conocéis por aquello que ignorais? ¡Estravagante dialéctica! ¿Deberemos acaso buscar la luz en el centro de las tinieblas?» (3)

Dejo á los anatómicos el comparar la organizacion de los animales con la del hombre para establecer sus relaciones y su diferencia. Mirando las cosas bajo de otro punto de vista, consideremos aquello en que se parecen, y aquello en que vemos resaltar maravillosamente la superioridad del hombre.

- 
- (1) Helviennes. «Observations» á la suite de la Lettre XLIII.  
 (2) Holland. «Réflexions philos. etc. ch. VII. Pág. 64,  
 (3) Livre VI, vers. 379 et suiv.

ÍNDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN

La introducción, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 1.  
El primer capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 15.  
El segundo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 35.  
El tercer capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 55.  
El cuarto capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 75.  
El quinto capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 95.  
El sexto capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 115.  
El séptimo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 135.  
El octavo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 155.  
El noveno capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 175.  
El décimo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 195.  
El undécimo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 215.  
El duodécimo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 235.  
El treceavo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 255.  
El catorceavo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 275.  
El quinceavo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 295.  
El dieciséisavo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 315.  
El dieciséptimo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 335.  
El dieciochoavo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 355.  
El diecinueavo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 375.  
El veinteavo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 395.  
El veintío capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 415.  
El veintiochoavo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 435.  
El veintinueavo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 455.  
El treintaavo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 475.  
El treinta y unoavo capítulo, por D. Juan Martínez de la Cruz, p. 495.

CONDICIONES DE LA SUSCRICIÓN

El Vocabulario se publica en folios de 32 páginas.  
Se vende en suscripción.

EN SEVILLA

Por los señores .....  
En el número .....  
En el número .....  
En el número .....

EN MADRID

En el número .....  
En el número .....  
En el número .....

El Vocabulario se publica en folios de 32 páginas.  
Se vende en suscripción.  
El precio de cada tomo es de .....  
El precio de los dos tomos es de .....

## INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NUMERO.

	pág.
<b>La indiferencia</b> , por D. Juan Bautista Solís, Pro. . . . .	223
<b>Necesidad del poder temporal</b> , (Continuacion.) por D. Agustín Sanchez Torres, Pro. . . . .	250
<b>De la Religion considerada como sentimiento del corazon humano</b> , por D. Alberto Lista. (Conclusion.) . . . . .	242
<b>Poesias. Fé, Esperanza y Caridad</b> , por Doña Antonia Diaz de Lamarque. . . . .	254
<b>Coplas á Ntra. Sra. del Rosario</b> , por D. J. J. Bueno . . . . .	257
Seccion oficial. Real decreto sobre los Seminarios . . . . .	259
Breve de S. S. . . . .	262
Discurso del Papa . . . . .	265
Circular del Sr. Obispo de Jaén. . . . .	267
Variedades. Discurso del Sr. Rector de la Universidad de Manila . . . . .	274
La Colonizacion protestante. . . . .	284
Edicto del Sr. Gobernador de la Provincia. . . . .	288
Estadística. . . . .	291
Instruccion de la Penitenciaría de Roma. . . . .	293
Los Dos Amigos. (Cuento.). . . . .	297

## CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

La **Verdad Católica**, se publica el dia 8 de cada mes.  
Su precio anticipado es

### EN SEVILLA.

Por un mes.....	4 rls.
Por un semestre.....	22
Por un año.....	42

### FUERA DE SEVILLA.

Trimestre.....	15
Semestre.....	28
Año.....	54

La correspondencia sobre suscripciones y pedidos se dirijirán al Administrador de la **Verdad Católica**, Plaza de las Mercenarias, núm. 1.º; cuyo importe puede verificarse en libranzas ó sellos del correo.